

EL COJO ILUSTRADO

Año III

15 DE FEBRERO DE 1894

Nº 52

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO - CARACAS - VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Crónicas yankees, *por R. B.*—Madrileñas, *por Miguel Eduardo Pardo.*—Carta y necrologías, *por la Dirección.*—Supersticiones relativas al matrimonio, *por el Dr. Teófilo Rodríguez.*—Lo maravilloso, *por el Dr. R. Villavicencio.*—El ahorcado, traducción *por J. J. Breca.*—NUESTROS GRABADOS.—Actuali-

dades, *por E. Méndez y Mendoza.*—A Lionel, *poesía de H. Alvarez Ibarra.*—Folletín.—Anuncios.

GRABADOS.—Iglesia San José (Caracas), *de fotografía.*—Srita. Isabella Svicher, *de fotografía.*—Teatro Baralt y Estación terminal del Tranvía Bella Vista, (Maracaibo), *de fotografías.*—

En el río, *estudio de C. Rivero Sanavria.*—Catedral de Barquisimeto, *de fotografía.*—Estudios de *Manuel Vicente Ruiz.*—El río Orinoco en el sitio denominado "Angosturas," *de fotografía.*—Sir John Falstaff.—Carnaval en la calle real de Caracas, *de fotografía.*—Carnaval en la calle real de Valencia, *de fotografía.*—Música: Vals "Crespo," *por Amador Briceño.*



IGLESIA SAN JOSÉ (Caracas)

CRÓNICAS YANKEES

Nueva York: Enero de 1894.

La ciudad de Jacksonville en el Estado de Florida será dentro de breves días teatro de acontecimientos cuya simple perspectiva interesa ya grandemente á buena parte del público americano. Bajo la dirección y auspicios de una sociedad de gimnasia y juegos atléticos, preparase para el día 25 una rifa de pugilistas, espectáculo que apasiona á la gente anglo sajona y á sus afines tanto como á los españoles é hispano-americanos los juegos de toros y las riñas de gallos, herencia á lo que parece de las dominaciones romana y goda. Corbett y Mitchell serán esta vez los campeones que en representación de los músculos y vigor material de sus respectivos pueblos, se disputarán á puñetazos las palmas de una victoria que asegurará al vencedor la bonita suma de veinte mil pesos fuertes.

Veinte mil pesos! es decir, el salario en cinco años de diez maestros de escuela capaces de instruir y aun de educar cuando menos ocho mil niños. Corbett, el campeón americano: es el mismo que ahora dos años venció en idéntica lid á su compatriota Sullivan famoso hasta entonces en los anales del pugilismo, y de quien se asegura que tuvo el honor de ser recibido por el Príncipe de Gales durante una de sus excursiones por Europa, anterior á la fecha de su histórico vencimiento. Después de éste, el caído atleta fué á refugiarse en los brazos de Melpómene y Talía, pero estas musas encontrando que la carga era demasiado pesada para sus fuerzas desampararon al Adamastor que confundido desde entonces entre el común de los mortales, no ha vuelto á cansar la fama con su nombre. Mitchell, el campeón inglés, ha venido expresamente del otro lado del Atlántico á recoger el guante qué el vencedor de Sullivan dejó sobre la arena en aquel último combate. Datan de los primeros días del pasado otoño los preparativos indispensables para esta lucha. Cada uno de los combatientes ha tenido y tiene á su lado, á título de preparadores técnicos un maestro de gimnasia y varios ayudantes. Estos últimos soportan y en ocasiones sufren muy duramente una parte de los ensayos preparatorios. El régimen de ejercicios consiste en caminatas y carreras diarias á pié con vestidos de lana á propósito para estimular una copiosa traspiración. Inmediatamente después de este primer ejercicio hecho en las primeras horas de la mañana y que abarca un circuito de dos y media á tres leguas, el pugilista toma un baño frío y enseguida se entrega á las operaciones del *masage* consistente en fricciones y golpes sobre los músculos y ejercicio de las articulaciones. De ahí pasa, mediando un breve reposo, á ejercitar sus puños con sacos pendientes llenos de arena, ó con sus propios ayudantes, quienes como queda dicho suelen pagar á caro precio el pato de la boda; todo esto sin perjuicio de completar el desarrollo de los músculos y el juego de las muñecas con el manejo de máquinas ó aparatos especialmente contruídos para el efecto. Durante este período la alimentación del pugilista es muy frugal y consiste principalmente en carnes frescas, poco pan, menos vegetales y como bebida la negra y espesa cerveza de los antiguos bretones. Como se comprende fácilmente este régimen tiene por objeto eliminar grasa, endurecer y acerar los músculos y desarrollar en el cuerpo humano todo el poder de movimiento articulado y flexible de que la naturaleza lo ha hecho capaz. El peso del campeón no debe exceder para el día del combate de doscientas (200) libras. Conforme á las relaciones muy circunstanciadas que á diario publican los periódicos, Mitchell pesa á la hora actual 195 libras y su contendor 193.

El sitio ó lugar preparado para el espectáculo es un vasto circo capaz de contener cómodamente hasta (25.000) veinte y cinco mil espectadores. Sobre la línea de su circunferencia se levantan cuatro y aún cinco órdenes de palcos ó tabladillos que descienden gradual-

mente hasta la arena, localidad esta última donde se agrupan los espectadores que no pueden pagar el precio ordinariamente muy elevado de aquellos palcos. En el centro del circo se levanta á conveniente altura una amplia plataforma, con piso de madera convenientemente arenado y barandas de madera ó hierro. Es ahí, como fácilmente se comprende, donde aparecen y han de luchar los nuevos gladiadores que entretienen á precio de oro los ocios de la moderna Roma, sólo que á falta de un César á quien dirigir la conocida salutación, *Ave Cesar, morituri te salutam*, se contentan con echar una mirada á sus respectivos bandos. Aparecen desnudos de la cintura arriba, y de la rodilla al pie, ligeramente calzado pero sin media. Una faja con los respectivos colores nacionales, cife á su cintura un ligero calzón de punto apenas ajustado al cuerpo. Cada uno de ellos mantiene cerca de su persona uno ó dos ayudantes en previsión de la necesaria asistencia médica, muy parecida á la que ejercen los apostadores de gallos con estos pobres vípedos. El juez del campo que se llam *referee*, da la señal del combate y reloj en mano marca la dirección de los *rounds* ó períodos de encuentro, que no deben exceder de determinado número de minutos. Ya se adivina lo que serán á vuelta de poco tiempo el combate y sus mantenedores. Espectáculo horrible. Quijadas rotas ó dislocadas, ojos sangrientos, narices aplastadas, golpes dirigidos al pecho, á cuya terrible resonancia suele acompañar el vómito de sangre, todo esto seguido con vivo interés por la mirada ansiosa de los espectadores y coronado á su turno con estruendosos gritos, hurras y palmoteos. En varios Estados se han dictado leyes permisivas del espectáculo á intento de hacerlo menos bárbaro por la observancia de ciertas precauciones. Una de ellas previene que los contendores lleven guantes acolchonados, á fin de embotar un tanto la rudeza del golpe, pero la costumbre ingeniosa siempre y fecunda en hipócritas subterfugios y casuismos, cuando se trata de eludir la ley que la contraría, ha logrado preservar toda la dureza de los puños y la mortífera acción de sus golpes, con el uso de guantes que sólo están acolchonados en la parte interior, de modo que una vez cerrada la mano, el puño que ella descarga es necesariamente terrible.

Pasan de doscientos cuarenta (240) los *reporters* de diarios que se han reservado puestos en el circo de Jacksonville. El precio de los palcos ha sido, término medio, de ciento cincuenta á doscientos pesos. Todas las localidades están ya tomadas y más de una empresa ferrocarrilera ha prolongado expresamente los rieles de la línea para mayor comodidad de los concurrentes. Todos ó casi todos los grandes diarios dedican muchas columnas á la crónica de los preparativos y se alistan á porfia para comunicar á sus lectores las peripecias y el final resultado del combate. Mitchell y Corbett están hoy en la escena de la publicidad cual si se tratara de un Moltke ó de un Gambetta ocupados en el ataque y defensa militar de sus respectivos países, ó de un Gladstone, de un Perier ó de un Caprivi ya en sus respectivos gabinetes, ora en la tribuna de sus parlamentos. El público lector de esas hojas sabe diariamente lo que Mitchell y Corbett hacen hora por hora, instante por instante, lo que cada uno de ellos dice, lo que come, la naturaleza y color de sus vestidos, las horas de su sueño, su seriedad ó su risa, su mal ó su buen humor y hasta el aspecto de sus semblantes. Ningún personaje histórico, Napoleón inclusive, ha soportado, ó disfrutado, como se quiera, tan amplia y tan sostenida publicidad y sobre muy pocos se habrá proyectado nunca tanta luz.

Sin embargo el club "Duval" patrocinador y empresario del espectáculo no puede aun cantar victoria, pues la opinión ilustrada se agita activamente y reclama de las autoridades del Estado la severa aplicación de las leyes que allí existen y que en su concepto son claramente prohibitivas de aquel espectáculo. Partícipe de esta opinión el gobernador ha declarado que impedirá si fuera necesario con el empleo de la fuerza el combate

en prospecto, y al efecto se propone llamar á las armas una parte de las milicias del Estado. Ello no obstante, el club y su director así como los combatientes, adelantan como si tal cosa, sus preparativos y aseguran al público que el espectáculo se verificará en el día y lugar de antemano fijados, pues en su concepto la ley lejos de ser prohibitiva les garantiza por el contrario el derecho de romperse los huesos ó magullarse horriblemente las carnes á puñetazos, divertirse con tal exhibición y apostar sobre los resultados de la lucha. Para afirmarse en esta creencia han hecho lo que se llama prueba de la ley, *test of law*, consistente en sujerir un caso práctico de la especie con aplicación á la justicia, expediente que demuestra por otra parte el profundo respeto en que estas gentes tienen la ley. Su invariable sistema de conducta consiste en atenerse fielmente á ella y nada más que á ella, ya favorezca á sus deseos ya los contrarie abiertamente. En todo caso la ley es para el habitante de este país, muro insalvable bien sea para la retirada bien sea para el avance.

Dada la seguridad con que procede el club y se expresan sus directores empresarios y los mismos combatientes, es de presumirse que á la presencia del gobernador y de sus milicias se irán con la música á otra parte, ya prevista y preparada, seguros de que hasta allá habrá de seguirlos el frenético entusiasmo de los numerosos amigos del pugilato. Oiremos pues á los diarios en la noche del día de la fecha dar minuciosa cuenta de la repugnante rifa, de todas y cada una de sus peripecias sin economizarnos la más odiosa de entre ellas, y unir en fin sus aplausos al de la generalidad del público en favor de aquel de los dos combatientes que con la cara desbaratada y las entrañas fuertemente sacudidas haya alcanzado la palma de la victoria. Todo esto sin perjuicio de que á la primera ocasión ó trayéndola por los cabellos, esa misma prensa nos enrostre á nosotros los hispano-americanos nuestras malhadadas corridas de toros y las crueles riñas de gallos, que aun con ser como son espectáculo abominables, no calzan en cuanto á ingenuidad y desabrida barbarie los puntos que este desbaratamiento á golpes de la figura humana tan del gusto de los anglo-americanos. De todos modos es de desearse que ellos no tengan término de comparación á nuestra costa, pues por lo que hace á consolarnos con semejante ejemplo, el proloquio lo ha dicho y nos lo enseña: mal de muchos es consuelo de tontos, y el progreso no ha sido jamás obra de los tontos.

Otro característico acontecimiento, digno de figurar en estas crónicas, es el de la próxima aparición de un libro sobre el arte y ciencia de la gastronomía, del cual es autor el gran cordón azul de las afamadas cocinas del Delmónico. Dicese que contendrá hasta 2.700 recetas ilustradas con 700 grabados, figurando entre aquellas cosa de 150 referentes todas al solo punto de la mejor preparación de los huevos. Porsupuesto que las doctrinas culinarias que informan este libro son francesas, como es francés el autor de la obra y á la moda y gusto de la propia gente, los guisos de sus platos y la confección de su repostería. No es un grano de anís en la historia de la civilización, esto de la cocina y los gustos gastronómicos de los diversos pueblos que hasta aquí han compartido y desarrollado aquella civilización. La naturaleza de los alimentos favoritos de un pueblo, así como la manera con que se prepara, sirve y consume, indican siempre certeramente el grado de cultura de ese pueblo, su mayor ó menor riqueza, y aún la dirección de su desarrollo moral y político. La mesa de los asyrios, caldeos y egipcios, á juzgar por los datos que nos trasmiten, su historia escrita y sus monumentos arqueológicos, fué de un lujo y refinamiento que rayaron en la más loca extravagancia. A los festines de Babilonia concurría la naturaleza con toda su riqueza y esplendores, mientras que los platos servidos á Cleopatra eran polvoreados con perlas trituradas al efecto, como se hace hoy con el azúcar y la canela en los de la repostería española. Los griegos siempre dueños de sí mismos y maestros

en cuanto á la medida y gradación, leyes fundamentales del arte, tenían una cocina pasablemente agradable y sustanciosa, á la cual daban tanta importancia que según vemos en Homero, hijos de reyes como Patroclo por ejemplo, no se desdibujaban de servirla personalmente. Los caldos y sales esparciatas renombrados por una pobreza que hoy llamaríamos franciscana, no eran de uso general en la Grecia, y los mismos lacedemonios no se conformaron con ellos sino durante la primera época de la república, que fué política y socialmente de una rígida austeridad. De todos modos los griegos no rayaron nunca en los extremos de la glotonería y de un lujo moderado, y el calificativo de epicureístas que se les aplica es tan erróneo en el sentido de la molice, como la significación atribuida ordinariamente al filósofo y á su doctrina, pues Epicuro, lejos de preconizar el placer como único fin de la vida y regla de conducta para el hombre, tendió á regular su uso, guiándose por la máxima, de que es más difícil moderar sabiamente los goces, que prescindir absolutamente de ellos. Por lo demás los griegos hicieron de la mesa un elemento activo de sociabilidad, el más apropiado para acercar los hombres, acordar sus voluntades y disminuir las asperezas procedentes de la diversidad de opiniones. Al revés de los griegos cuyo sentido artístico jamás llegaron á poseer, los romanos fueron antes que gastronómicos comelones formidables. Su cocina era recargada y abundante, pero por lo general sin delicadeza ni gusto, sustitulan lo exquisito con lo abundante, y su mesa que duraba muchas horas y tenía por episodio obligado la cama y aun el médico, era un festín sardanapaleco pero sin el refinamiento y la poesía de las costumbres orientales. En la sátira de Petronio, el festín de Trimalchios nos da una idea aproximada de lo que fueron en su tiempo la cocina romana, el apetito y el diente de aquellos señores del mundo, y los usos y cortesía de sus anfitriones y convidados. Sirvieron hasta ocho órdenes de platos, principiando con el aperitivo de aceitunas verdes y maduras y sedativos compuestos con miel y sumo de adormideras. Los platos ahora llamados de resistencia se componían de carnes de jabalí y puerco, pavos, faisanes y patos con sus correspondientes rellenos; las aguas de todos los lagos y mares vecinos habían provisto sus mejores mariscos y sus más exquisitos y jugosos peces, frutas de todas las estaciones y dulces y confituras bajo todas las formas imaginables. Al servicio se mezclaba una serie de payasadas, sorpresas más ó menos hábiles, y juegos escénicos, como el de dejar caer con estrépito, del respectivo artesonado del corredor, un vasto círculo del que pendían guirnaldas de flores y canastillos conteniendo dátiles, higos, peras y otras frutas igualmente deliciosas y perfumadas, que los convidados vueltos del espanto que les produjera la conmoción, y arrellanados de nuevo en sus tralicios, se apresuraban á comer con delicia. El agua servida en el festín se consideró como un descuido de los criados y fué sustituida por toda clase de vinos, encerrados en ánforas perfumadas y cubiertas de flores.

Con anterioridad á Petronio, el poeta Horacio nos había dado idea de la extravagancia gastronómica de los romanos en su oda satírica dedicada á celebrar la comida con que Cidonio obsequiara á Mecenas. Amigo de una mesa frugal, el soldado de Farsalia es no obstante partidario de los manjares sustanciosos, por lo cual censura la preferencia que sus compatriotas dan al pavo real endeble y flaco sobre la jugosa gallina, sólo por el primor de las plumas que adornan á aquella ave. La invasión de los bárbaros dió naturalmente al traste con todos aquellos refinamientos, pero llegada la época del renacimiento la cocina tuvo también el suyo que floreció en diversos grados, desde las islas floránicas hasta la antigua Sarmacia. Precisa acudir en este período á las obras literarias, particularmente á las dramáticas para rastrear el carácter vario de ese renacimiento y de los gustos por él engendrados. Ya en los tiempos de Shakspeare los ingleses se regalaban muy abundantemente como lo prueba la cena servida á Falstaff, consistente en pichones, pollos, un trozado carnero y pastas ita-

lianias, todo ello roseado con vino de España ó con cerveza. En el último tercio del pasado siglo la aristocracia inglesa obsequiaba á los directores de la compañía de la India con festines que rivalizaron por su lujo y abundancia con los más famosos de la glotonería romana. Walpol, Chesterfield, Sheridan y Fox, eran entre otros gastrónomos de gran nombradía y bebedores que más de una vez terminaban la jornada debajo de la mesa. Fueron sin embargo los franceses los que en el mismo período empufaron verdaderamente el cetro del arte culinario, y se exhibieron como maestros en esto de organizar y servir una mesa. Las famosas cenas del Regente, las de Luis XV, las comidas del duque de Richelieu y finalmente las críticas de Voltaire, á quien disgustaban tanto la falta de buen gusto en la mesa; como las extravagancias de un lujo desenfrenado, dan una idea exacta de lo que fué la cocina francesa hasta el momento en que la revolución de 89 espantó los grandes cordones azules con el ascetismo revolucionario de Robespierre y de Saint-Just. Los buenos manjares pasaron á ser entonces signo inequívoco de sentimientos aristocráticos y de traición á la patria, por lo cual aun las gentes más sibaritas prefirieron afligir sus estómagos antes que comprometer sus pescuezos. Licenciados en consecuencia los buenos cocineros franceses, emigraron á Inglaterra, Italia, Alemania y á la misma Rusia, donde principiaron á formar el gusto por la buena mesa de los Romanoff y de los tártaros de su corte. Los últimos gastronómicos artistas que la Francia tuvo en esa época fueron los girondinos, en el fondo más griegos que franceses, quienes como se sabe cultivaron hasta la víspera de su muerte los placeres de la mesa con aquel banquete fúnebre immortalizado á la vez por la pluma de Lamartine los vívidos recuerdos de Carlos Nodier y el pincel de Monvoisin. Es fama que Dantón y Camilo Doumoulins, aunque afectando gusto por los caldos esparciatas se regalaban en el interior de sus casas con ricos manjares y la mejor clase de champagne. El posterior tránsito de Marengo á Austerlitz, ó sea de la república consular al imperio cesariano aparece marcado en la historia de Napoleón por el cambio de cocina que convirtió en lujoso festín las comidas eclécticas, por decirlo así, que se servían en la Malmaison.

Por lo que hace á España, pues ya es tiempo de concluir con esta excursión gastronómica, las renombradas bodas de Camacho, marcan fielmente el carácter de la gastronomía de nuestros abuelos y nos enseñan como ya para principios del siglo XVII, la antigua sopa franciscana de los conventos, y el plato del rey servido á los últimos Trastamaras, con el gasto de unos pocos maravedices, se había convertido en una mesa bien provista de manjares sustanciosos, si no del todo artística y refinada.

En los pueblos de América, las tradiciones de su cocina y de su mesa son las mismas de los respectivos abuelos, salvo la adición de los exquisitos frutos con que la zona tropical ha enriquecido la moderna gastronomía. De entre esas tradiciones la más pobre, la más oscura y aun caliginosa es la del pueblo yankee. Cuando de vuelta á Francia el célebre duque de Lauzun, recibía de sus amigos las congratulaciones á que se había hecho acreedor por su participación en la guerra de América, si supiérais les contestaba, no ha sido el fuego de los ingleses sino la mesa de nuestros aliados lo que en realidad ha puesto á prueba nuestro valor. No es que falte aquí la materia prima, pues por el contrario ella es excelente, sobre todo en asunto carnes, granos y algunas legumbres, pero ¿qué preparación. Dios nos asista! Carnes á medio asar sin salsa de ningún género, sopas insípidas, pescados sin más salsa que la eterna salsa blanca más propia para el empapelado que para condimento y en materia de pastas y confituras el *pic* tristemente histórico, terror de los huéspedes de *boarding*, para cuya masticación y digestión son necesarias la fuerza de un hércules y el estómago de un avestruz. Dios perdón a sus confeccionadores!

Corresponde á la dinastía de los Delmónico, pues son varios los reyes culinarios de este nombre, el honor y la gloria de haber reac-

cionado los primeros contra los horrores de semejante mesa. En verdad hasta aquí la reforma no ha calado ni hecho prosélitos sino entre las gentes de caja fuerte ó los letrados exquisitos, que creen pensar mejor con un estómago bien guarnecido, pero esta legión ya numerosa bastará á completar la obra á vuelta de poco tiempo. Por el momento Delmónico conserva el cetro y sigue ejerciendo una autoridad tan incontestable é incontestada, que hasta los más furiosos proteccionistas acuden allí á celebrar con manjares y vinos franceses la excelencia de los productos nacionales, entre ellos los vinos de California.

También en nuestra América principiamos á cambiar de rumbo, pero no enteramente en nuestra ventaja. La gradual transformación de nuestra cocina y mesa se resiente ya de la ambición de un lujo desmedido, en evidente desproporción con los recursos de nuestra bolsa y las fuerzas de nuestro estómago, que en esos climas es menos expedito y enérgico que bajo otras zonas. Nos cuidamos poco ó nada de la química ó sea del gato por liebre que se nos suele dar bajo el nombre de conservas alimenticias, y en cambio ponemos á un lado platos y bebidas irremplazables, que á más de ser honra y provecho, como el chocolate, las hallacas, las judías ó caraotas venezolanas, el agiaco y el pán de yuca colombiano, la cazuela y los chorros de Chile y el delicioso chupe peruano, son por decirlo así, parte integrante de nuestras costumbres y rasgo distintivo de nuestro carácter nacional, que nos asegura aquella originalidad sin la cual los pueblos son simples manadas de simios ó monos á quienes conduce únicamente el instinto de la imitación.

R. B.

MADRILEÑAS

En Madrid un cartel de estreno se reduce al título de una obra; no se sabe quien es el autor, se le aguarda, ó se finge aguardar el incógnito hasta el final. Esto no obstante hay cierto público á quien ese nombre no se le oculta y por de contado el "incógnito" va pasando de boca en boca de tal suerte que cuando llega la hora suprema de la representación todo el mundo sabe á quien va á repartir aplausos ó silbidos.

Villa Tula es la comedia última; la continuación de *Militares y Paisanos*, arreglada á la escena española por Vital Aza el regocijado autor de "El Rey que rabió."

Excepción hecha de un francés que entra allí en juego los demás personajes son conocidos nuestros: desde el atolondrado cadete, que por añadidura es miope y gomoso decepcionado, hasta el famoso y pacientísimo farmacéutico, don Constantino Cebolleta, que se ha casado y vive en "Villa Tula."

El argumento no reclama descripción: lo mismo cabe en una que en veinte cuartillas. Los detalles son harto minuciosos y estriban, precisamente, en las trivialidades de cada personaje. Las situaciones chistosísimas y los relatos salpicados de epigramas, con los que el público no cesa de reír en los cuatro actos, largos, de que consta la Comedia.

En una de las más divertidas escenas de *Villa Tula*, campean los siguientes versos que dice Mario con admirable naturalidad:

Un doctor muy afamado,
que jamás cazado había,
salió una vez, invitado,
á una alegre cacería.

Con cara muy lastimera,
confesó el hombre ser lego,
diciendo:—"Es la vez primera
que cojo un arma de fuego
Como mi impericia noto,
me vais á tener en vilo."

Y dijo el dueño del coto:
—"Doctor, esté usted tranquilo,
Guillermo el guarda estará
colocado junto á usted;
él es práctico, y sabrá
indicarle....."

—"Así lo haré.



SRTA. ISABELLA SVICHER.—Primera tiple ligera de la Compañía de Opera Italiana

—dijo el guarda.—Sí, señor.
No meterá usted la pata.
Verá usted, señor doctor,
los conejos que usted mata.
Siga en todo mi consejo.
¿Que un conejo se presenta?
Pues yo digo: «¡Ahí va el conejo!»
Y usted tira y lo revienta!»
—«Bueno, bueno, siendo así.....»
—«Nada, que no tema usted.
Quietecito junto á mí,
chitón, y yo avisaré.»
Colocóse tembloroso
el buen doctor á la espera,
cuando un conejo precioso
salió de su gazapera.

—«Ahí va un conejo (le grita
el guarda). ¡No vacilar!»
Y el doctor se precipita,
y ¡pum! disparó al azar.

Y es claro, como falló
diez metros la puntería,
el conejo se escapó
con más vida que tenía.

El guarda puso mal gesto
y rascóse la cabeza.
Hubo una pausa, y en esto
—«¡Ahí va una liebre, doctor!»
¡Tire usted pronto, ó se esconde!»
Y ¡pum! el pobre señor
disparó..... ¡Dios sabe á dónde!

Gastó en salvas, sin piedad,
lo menos diez tiros, ¡diez!,
sin que por casualidad
acertara ni una vez.

Guillermo, que no era un zoto,
sino un guarda muy astuto,
dijo para su capote:

—«Este doctor es muy bruto.

No le pongo como un trapo,
mas ya se lo que he de hacer!»

Y al ver pasar un gazapo
corriendo á todo correr,

—«¡Doctor!—(exclamó Guillermo
con rabia mal reprimida.)

¡Ahí va un enfermo! ¡Un enfermo!
Y ¡pum! ¡Lo mató enseguida!»

Es la musa inimitable de Vital Aza; no necesita la firma, *Toda-Villa-Tula* está poblada de primores: es más: todos son allí protagonistas; todos se mueven, todos hablan y tienen vida y representan un carácter; los diálogos son cultos y y picarecos; y los actos rebosan de alegría.

Cuando entré al escenario y ví á Vital rodeado de periodistas, me hizo el efecto de aquella alegoría del hilo, que figura un hombre robusto y atlético rodeado de angelitos. Bien que estos chicos de la prensa se parecen á todo menos á los angelitos; pero Vital sí que parece un gigante. Yo creo que es el hombre más grande de España, de cuerpo se entiende, y puede que de "gracia" también.

En diciendo escándalos, ya se sabe, en el Teatro Real están ahora de moda. Primero fué un anarquista supuesto, que logró hacer salir poco menos que escapadas á todas las familias que se encontraban en el regio coliseo; y anoche, recordando los sustos, los desmayos y la escandalera pasados se repitió algo análogo.

Cantábase "Linda de Chamounix" y antes de terminarse el segundo acto, como si dijéramos en plena audición, aparece una señora con el traje más dislocadamente origininal que ustedes pueden figurarse. Iba envuelta en un enorme chal de pelo de oso que dejó en el espaldar del asiento: el traje era todo rojo, y el descote desproporcionado; el sombrero de plumas como los pinta Luis Taboada, á semejanza de la catedral de Sevilla. Aparte estos miriflaques inconcebibles llevaba la famosa dama una gran caja: ésta contenía los gemelos, enormes, como los anteojos marinos; un perro grande sujeto por una cadena, y un foete. De esta guisa se sentó aquella señora en butaca de orquesta y escuchado es decir la hilaridad que produjo, en la elegante concurrencia, aquel extravagante monstruo. Hasta aquí todo hubiera ido á pedir de boca, pero unos chuscos, que estaban cerca, empezaron á dispararle "chilindrinas," y élla que no entendía de guasas, ó que tenía poca correa—como suele decirse—metió la mano al bolsillo y sacando un flamante revólver Smith, levantó el gatillo y lo puso en la butaca contigua, á la sazón vacante.

El desorden se vino encima, y hubo quien se pusiese á tan honesta distancia, que salvó las puertas del vestíbulo..... Por fortuna la autoridad acudió á prisa; pero [aquí la nota magistral de aquella escena]: el arma que debía dejar sin vida á uno, ó á muchos de los concurrentes, se convirtió, como por arte de magia, en un perfumador americano.

Si; aquel revólver de colosales dimensiones que puso á raya á todo un público, y si me apuran digo que á la policía civil, aquel pavoroso instrumento de muerte era chisme de tocador!... Y la "elegante" dama una loca que ingresará en el manicomio, á petición de la aristocracia resentida!

Hay colmos, eh!

Todo el último y aterido mes del año, España entera olvida sus más grandes intereses para ocuparse de un "número": ese número informe, esa luminosa cifra desconocida se llama "el gordo"; el premio de la Gran Lotería. De élla están pendientes millones de seres: desde el opulento banquero que se juega capitales en docenas de billetes, hasta la humilde modistilla que aventura sus ahorros en la problemática partida de un décimo. ¡Cuántas angustias, cuán-

tos desvelos, cuántos silenciosos martirios puestos sobre esa cifra misteriosa que va á danzar entre el inmenso montón de bolitas y cuyo movimiento rotativo suena en los oídos, crugiente y devastador, acariciante y lúgubre á la par.... Ese número es la felicidad ó la desgracia: él representa ríos de oro y significa también miserias y amarguras: es el lujo y la independencia; simboliza los banquetes, los bailes, los carruajes y la consideración del género humano; pero que de lágrimas cuesta á muchos la fortuna de uno sólo

El poseedor del billete agraciado con el premio mayor, es, un carnicero de Zaragoza.



Los periódicos ilustrados ostentan la efigie —que reproducimos hoy— del afortunado mortal; y hay quien le ofrece serenatas y quien le escribe odas y becquerianas y sentidísimas «doloras» —estas últimas, acaso *más humanas* que las del eximio Campoamor.

Ese caudaloso río de ondas doradas que se le ha entrado por la casa al simpático señor ha sido su Jordán.

Ya no se le dice carnicero, á secas; sino el señor carnicero.

Cuando digo que todo esto es muy humano!

El oro se ríe de la gloria, del valor, de la honradez, de todo: su omnipotencia está por sobre todos los derechos, por sobre todos los triunfos de la ciencia, de la literatura y del arte, porque el siglo XIX, que no es un poeta ni un soñador, sino un mercader ó un banquero, alcanza la Verdad en una sola forma, en metales: amarillos ó blancos, no importa el color; lo que se necesita es metal, que conquista voluntades, que abate linajes, que domina hermosuras y compra conciencias; metal que pone ideas en inteligencias estrechas; frases elocuentes en labios que fueron torpes para el lenguaje culto y sonrisas angelicales y miradas brillantes en patibularios rostros. Y no en España en cualquiera nación del Globo, ese Santiago Comín que fué un anónimo hasta ayer, ese honrado tocinerio á quien todo el mundo despreciaba porque estuvo detrás de glorioso mostrador de salchichas con su mandil empapado de sangre, asesinando cerdos, tendrá mañana amigos marqueses, amigos duques, amigos condes que festejarán su palacio y admirarán sus alfombras hechas para ser oprimidas por pies de reyes, y sus cuadros de pinturas y sus gabinetes pertumados, y sus gabinetes espléndidos de luz y de vajillas..... Todo ennoblecido y decorado por un pincel lleno de colores: los colores luminosos del oro!

Y ese hombre cuya súbita fortuna debió sonarle como una caricia en los oídos ¿tendrá el suficiente valor?—más claro—el suficiente talento para seguir siendo lo que fué?..... Carnicero!

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Madrid: enero de 1894.

DON RICARDO BECERRA

Ya en prensa el presente número de EL COJO ILUSTRADO, vemos en las columnas editoriales de nuestro colega *El Tiempo*, en su edición de 13 de los corrientes, precedida de algunas palabras de la Dirección de ese importante diario, una carta de nuestro respetable amigo el señor Don Ricardo Becerra dirigida al que estas líneas escribe, que nos apresuramos á insertar á continuación, tanto como justísima rectificación del punto á que se contrae el señor Becerra, como porque ese rasgo de su noble patriotismo es una prueba más del respeto y consideración que merece tan distinguido caballero.

He aquí el suelto editorial y la carta á que nos referimos:

GRATITUD

Traemos á las columnas editoriales de este diario la interesante carta del doctor Ricardo Becerra, porque ella se refiere al periódico ilustrado de más importancia que hemos tenido en Venezuela, á EL COJO ILUSTRADO que, en la galería de los hombres útiles y notables del país, ha colocado á este distinguido literato y fecundo escritor, encomiando los actos civiles que le han elevado al aprecio público y el carácter y condiciones especiales del colombiano que, sin detenerse en los límites de las nacionalidades, en Venezuela ha fundado su familia, en el Perú luchó valerosamente contra la arbitrariedad, en Chile se dedicó á las trascendentales cuestiones del derecho, en el Norte ha levantado, en la prensa, tribuna distinguida, en todas partes ha servido admirablemente la causa de la justicia, de la razón del idealismo republicano.

Por otra parte, esta carta viene á ser una manifestación de sentimientos patrióticos que honran al doctor Becerra, una reclamación justísima, á la cual debemos llamar la atención de las personas que quisieron distinguirlo colocando su retrato y rasgos biográficos en la galería de EL COJO ILUSTRADO.

He aquí la expresión de gracias y la aclaración de que hablamos:

Señor don Jesús María Herrera Irigoyen, Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.

Mi estimado señor y amigo:

Mucho agradezco á usted y á sus dignos colaboradores que se hayan acordado de este vencido de la suerte para honrarlo y enaltecerlo, muy por encima de sus escasas aptitudes y merecimientos, en las columnas de la amena cuanto interesante publicación literaria que ustedes dirigen.

Después de atribuir, como atribuyo exclusivamente, tales demostraciones á la expansiva benevolencia, que es rasgo muy principal y distintivo del noble carácter venezolano, y de dar á sus autores las más efusivas gracias, asegurándoles mi reconocimiento, sólo me resta añadir, por vía de necesaria aclaración á uno de los conceptos de su periódico, que mi ausencia de Colombia no ha sido determinada nunca, y mucho menos en las actuales circunstancias, por motivo alguno que amengue ni debilite en lo mínimo el entrañable amor que profeso á mi patria, mi adhesión á sus leyes y el respeto que profeso á sus magistrados. Ella no me ha cerrado jamás sus puertas, y muy al contrario, debo á su munificencia todo cuanto soy, si algo soy en efecto, desde la instrucción gratuita que recibí en sus escuelas y colegios hasta el pan conque, invalidado para el trabajo por cruelísima y hasta aquí insana dolencia, sostengo mi familia y puedo educar á mis hijos en la escuela del deber y de la gratitud con la invariable consigna de recordar siempre que, como su padre, lo deberán todo á la generosidad de la patria y en particular á la cristiana hidalguía de sus actuales gobernantes.

Ruego á usted, señor Director, que acepte el testimonio de reconocimiento y personal aprecio con que me suscribo su atento amigo q. b. s. m.,

RICARDO BECERRA.

Nueva York, enero 31 de 1894.

LÍNEAS DE PÉSAME

Inexorable en su tarea de destrucción la muerte ha segado en estos días las vidas de interesantes seres, unidos por el vínculo de la sangre á respetables amigos nuestros.

Ni la edad ni el rango, ni los exquisitos cuidados de la familia y de la ciencia, ni la

honda perturbación de los que quedan, nada detuvo á la impasible deidad fatal.

Duermen á esta hora en el lecho común que nivela todas las desigualdades de la carne, la inocencia y la experiencia, la virtud acrisolada y la juventud sonriente y pudorosa que soñaba con infinitos días de ventura. Así han caído, desgarrados por igual sino, el Dr. Domingo Montbrun, la graciosa niña Cecilia, hija del señor Simón L. Mendoza, la señora Vicenta Castro de Núñez, la señorita Ana Susana Acevedo, hija del señor Ministro de lo Interior, en Ciudad Bolívar el señor Mateo Guaderrama antiguo representante de *El Cojo* en aquella importante plaza, y según la noticia que recibimos al entrar en prensa esta revista, el respetable caballero señor Juan Bautista Dalla Costa.

¿Qué decir á los desconsolados padres, hijos y deudos de los que han dejado de ser? Qué frases, por cariñosas y sinceras, pueden servir de alivio á su pena? Son dolores que solo en su misma intensidad encuentran consuelo. A la amistad solo le queda sentirlos, compartirlos, y eso hace la dirección de EL COJO ILUSTRADO.

SUPERSTICIONES RELATIVAS AL MATRIMONIO

CONTRIBUCIÓN AL FOLK-LORE

(Extractado de unas líneas remitidas á la "Sociedad de Tradiciones Populares" de París.)

Entre las supersticiones referentes al matrimonio, una, muy extendida en Caracas y en Venezuela toda (y aun creemos que en algunos otros países de la América del Sur), es la de ser el martes mal día para contraer matrimonio; motivo por el cual pocas son las personas, aun entre la gente ilustrada, que á despecho de la preocupación popular se aventuran á contraer matrimonio en dicho día, que se considera funesto ó de mal augurio.

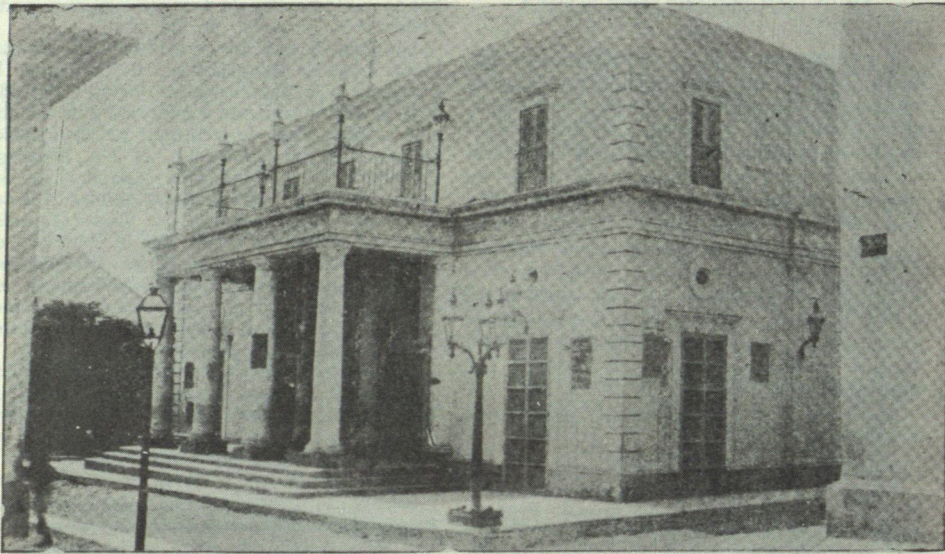
El pueblo con la facilidad que en todas partes posee para consignar en refranes sus creencias, ora verdaderas, ora erróneas, tiene para este caso el siguiente proverbio:

Día martes,
ni te cases
ni te embarques
ni de los tuyos te apartes.

¿Cuál es el origen de esta superstición? Lo ignoramos; sólo sí observáremos que aunque no faltan entre los venezolanos quienes, como la generalidad de los franceses y los turcos, tienen por funesto el viernes—por haber muerto en ese día el Redentor, dicen los que aquí abrigan esa preocupación—sin embargo, ni en Venezuela ni en Francia que sepamos, nadie tiene por de mal augurio casarse en viernes.

Observáremos también que los habitantes de la India distinguían los días con los nombres de los planetas; los egipcios, según generalmente se cree, hacían lo mismo. Los romanos llamaban *día del sol*, el primer día; *día de la luna* el segundo y desde el tercero, inclusive, en adelante los designaban del mismo modo que los indios y los egipcios. Según esa denominación, el martes era el día del planeta Marte, que á su vez recibía el nombre del dios de la guerra. Siendo ello así ¿podría el dios que presidía la discordia ser propicio á los enlaces contraídos en el día que especialmente le estaba destinado?

En cuanto á la superstición relativa al matrimonio en el mes de mayo, que cierta clase elevada de la sociedad de París (le monde de Palais), cree funesto para contraer nupcias, según refiere en las "Miettes de Folk-lore Parisien" (Revue des Traditions Populaires, t. III, 3.^e année, n.^o 5, mai, 1888) el distinguido escritor Mr. Girard de Rialle, miembro de la docta Corporación del mismo nombre, y el cual le atribuye por origen el culto de la Virgen, por estar especialmente destinado á María el mes de mayo, mes de las flores, haremos notar que ya



TEATRO BARALT. — (Maracaibo)



ESTACION TERMINAL DEL TRANVIA DE BELLA VISTA. — (Maracaibo)

entre los antiguos romanos se tenía por funesto el mes de mayo para contraer matrimonio, según se colige de aquel conocido verso de Ovidio:

"Mense mala, majo nubere vulgus ait."

Echando una ojeada al calendario juliano romano, tal cual lo trae la *enciclopedia matemática*, se ve que en el mes de mayo, que estaba colocado bajo la protección de Apolo, celebraban los romanos entre otras fiestas los juegos florales (ludi florales, floralia,) y las lemurias (lemuralia, lemuria.) Las primeras, como es bien sabido, debieron su origen á la munificencia de Flora, famosa cortesana que instituyó al pueblo romano heredero de las inmensas riquezas que en su desordenada vida había adquirido y cuyo aniversario natalicio mandó C. Servilio se celebrase públicamente con juegos costeados con los rendimientos de la misma herencia. Aquellos juegos al principio deshonestos los convirtió más tarde el Senado por respeto al pudor en fiestas dedicadas á la diosa de las flores, cuya estatua hecha por Praxiteles, mandó aquel augusto Cuerpo fuese colocada en el templo de Cástor y Pólux. Siguieron pues, celebrándose en honor de Flora y Cloris durante seis días, desde el

28 de abril hasta el 3 de mayo, para que todo floreciese bien; pero no pudo lograrse que en ellos cesasen las obscenidades y las representaciones mímicas indecentes, según atestigua Lactancio, (Div. Instit. I, 12..... enundantur etian vestibus, etc.)

Con las lemuralia (lemuria, remuria), que una antigua tradición aseguraba haber sido instituidas por Rómulo para aplacar el espíritu de su hermano Remo, á quien aquél había dado muerte, los romanos honraban á los difuntos. Celebrábanse de noche y en silencio; repetíanse en ellos á menudo las abluciones y á las veces, para mayor solemnidad los juegos circenses (ludi majori, ludi circensi); aunque estos últimos, que estaban dedicados á las divinidades mayores, Júpiter, Juno, etc., se celebraban cada año desde el 4 al 12 de septiembre.

Cafan las lemurias los días 9, 11, y 13 del mes de mayo, durante los cuales se cerraban los templos y no podían celebrarse nupcias porque ese espacio de tiempo se consideraba de funesto augurio.

Para gente imbuída en tantas preocupaciones, ¿habría de ser, pues, bueno para celebrar contratos matrimoniales un mes, como el de mayo, que principiaba con fiestas

lascivas y en el que, sobre todo, las fiestas fúnebres hacían de funesto agurio los días que éstas duraban?

Entre nosotros, por fortuna, no existe tal preocupación y todos los meses del año se consideran buenos para casarse. El refrán popular: *Cruces en mayo, bautismo en enero*, que alude á las tradicionales fiestas de la Cruz en el mes de las flores y al gran número de bautizos que se efectúan en el primer mes del año, parece también aludir á la idea de que el matrimonio es por sí una cruz, en que el amor, después de haber sucumbido, renace para encender en el corazón de los esposos ese divino afecto por los hijos, frutos de bendición que Dios concede y que la Iglesia acoge gozosa en su seno.

Sea de ello lo que fuere, es de admirarse que haya podido atravesar las edades y conservarse en las clases elevadas de una de las ciudades más cultas del universo tan risible como pueril preocupación. Cuán cierto es que el hombre ha sido, es y será siempre el mismo en todas partes!

TEÓFILO RODRÍGUEZ.

Caracas: agosto de 1888.

LO MARAVILLOSO

Los dos hechos que vamos á referir son verdaderamente extraordinarios y de distinto género de los narrados hasta ahora; pero son perfectamente auténticos, como vamos á ver. El primero fué publicado en 1864 por Gougenot des Mousseaux, en su obra sobre los altos fenómenos de la magia, y está garantizado como cierto por el mismo autor. Más tarde, en 1875, lo publicó Mr. Robert Dale Owen en su ya citada obra *Footfalls on the boundary of another world*. Este autor obtuvo la relación del suceso del capitán de la goleta Julia Hallowell, Mr. J. S. Clarke, quien la tenía directamente del principal personaje en el acontecimiento, Mr. Robert Bruce. Este caballero, también marino, había navegado diez y siete meses, por los años de 1836 y 1837, en compañía del capitán Clarke, el cual aseguraba, al hablar de Mr. Bruce, que era el hombre más verídico y correcto que había encontrado en su vida. "Nosotros éramos, dice Mr. Clarke, tan íntimos como hermanos; y dos hombres no pueden estar juntos por diez y siete meses en el mismo buque sin saber perfectamente si pueden ó no confiar en las respectivas palabras. El hablaba siempre del hecho en términos de reverencia, como de un incidente que parecía llevarle más cerca de Dios y del otro mundo. "Yo apostaría mi vida que no decía una mentira." La misma narración fué reproducida en 1889, en el libro *Urania* de Mr. Camille Flammarion. Se conoce bajo el título de

EL LIBRAMIENTO

Mr. Robert Bruce, de la ilustre familia escocesa de ese nombre, nació en humildes circunstancias al terminar la última centuria, en Torbay al sur de Inglaterra, y allí se consagró á la vida de marino. Hacia los treinta años de edad, en 1828, era primer piloto de una barca mercante que navegaba entre Liverpool y San Johns de New Brunswick.

En uno de sus viajes hacia el occidente, después de cinco ó seis semanas de haberse hecho á la mar, y cuando estaban cerca de la parte oriental de los bancos de Newfoundland, el capitán y el piloto habían estado al mediodía sobre cubierta haciendo una observación del Sol, y luego descendieron ambos á calcular el trabajo del día.

La cámara, pequeña, quedaba hacia la popa del buque, y una corta escalera situada transversalmente conducía á ella. Enfrente de esta escalera y después de un pasillo cuadrado estaba el camarote del piloto. En el susodicho pasillo había dos puertas pegadas una á otra, pero que hacían un ángulo recto: la primera se abría hacia la popa, en la cámara; la segunda, frente á la escalera, daba al camarote del piloto. El escritorio en este camarote estaba colocado en su parte delantera, inmediato á la puerta, de manera que cualquiera que estuviere sentado allí podía, mirando sobre sus hombros, ver dentro de la cámara.



EN EL RÍO. — Estudio de C. Rivero Sanavria

El piloto, absorto en sus cálculos, que no resultaban como él esperaba, ya que diferían notablemente de lo que había imaginado, no había notado los movimientos del capitán. Cuando terminó su operación llamó sin levantar la vista y dijo: "Nuestra latitud y longitud resultan de tal y cual modo. ¿Es esto correcto? ¿Cuáles son las vuestras?"

Como no recibiese contestación, repitió su pregunta echando una ojeada sobre sus hombros y viendo, á lo que él creía, al capitán ocupado en escribir sobre su pizarra. Ninguna respuesta. Entonces se levantó volviéndose hacia la puerta de la cámara: la figura que había él tomado por el capitán, levantó la cabeza y mostró al atónito piloto las facciones de una persona completamente extraña.

Bruce no era cobarde; pero al encontrarse con aquella mirada fija que se dirigía á él en grave silencio, y luego que se hubo asegurado que no era nadie á quien hubiese visto anteriormente, sintió que era demasiado para él; y en vez de dirigir una pregunta al intruso, corrió á la cubierta en situación tan alarmante que llamó en el acto la atención del capitán.

—¿Y bien, Mr. Bruce, dijo éste, qué es lo que le sucede?

—¿Qué señor? ¿Quién está allá, en vuestro escritorio?

—Nadie, que yo sepa.

—Pero, señor, hay allí un extranjero.

—¿Un extranjero? Ud. debe estar soñando.

Tal vez ha visto Ud. al segundo piloto ó al muchacho de cámara. ¿Qué otro osaría entrar allí sin mis órdenes?

—Pero, señor, él estaba sentado en vuestro sillón, enfrente de la puerta, escribiendo en vuestra pizarra. Entonces, él me ha visto de lleno en la cara; y si yo le he visto plena y distintamente algún hombre en este mundo, le he visto á él.

—¿A él, ¿quién?

—Dios lo sabe, que yo no. Yo he visto á un hombre que jamás he visto en mi vida.

—Ud. se está volviendo loco, Mr. Bruce. ¿Un extranjero, y tenemos cerca de seis semanas en el mar!

—No sé, señor, pero le he visto.

—Vaya Ud. abajo y vea quien es.

Bruce dudaba.—Jamás he creído en aparecidos, dijo; pero si he de decir la verdad, no me atrevo á ir solo.

—¿Qué es eso, hombre? Vaya Ud. inmediatamente y no se presente como loco delante de la tripulación.

—Siempre, señor, me habéis visto hacer de buena voluntad todo lo que es razonable, replicó Bruce cambiando de color; pues si para vos es igual serviros venir conmigo.

El capitán bajó la escalera seguido del piloto. Nadie en la cámara. Examinaron el otro camarote. Ni un alma fue encontrada.

—Bien Mr. Bruce, dijo el capitán, ¿no dije á Ud. que estaba soñando?

—Todo eso es muy bueno para dicho, señor. Pero si yo no he visto á un hombre escribiendo en vuestra pizarra, que no vea más mi casa y mi familia.

—¡Ah! Escribiendo en mi pizarra. Entonces algo debe haber en ella. Y el capitán tomó la pizarra.

—Por Dios, exclamó, aquí hay algo. ¿Es esta vuestra escritura, Mr. Bruce?

El piloto tomó la pizarra; y allí, en claros y legibles caracteres, estaban las palabras STEER TO THE NOR' WEST. (Gobernar hacia el noroeste).

—¿Se burla usted de mí, dijo el capitán muy seriamente.

—Por mi palabra de hombre y de marinero, Señor, replicó Bruce. No sé sobre el particular más de lo que vos sabéis. Os he dicho la verdad exacta.

El capitán se sentó en su bufete con la pizarra por delante, absorto en una profunda meditación. Al fin, volviendo la pizarra y alargándola hacia Mr. Bruce le dijo. Escriba usted. Steer to the nor'west.

El piloto obedeció, y el capitán después de un minucioso examen de ambas escrituras dijo.

—Mr. Bruce, vaya usted y ordene al segundo piloto que venga acá.

Vino, y el capitán le pidió que escribiese las mismas palabras. Luego al muchacho de cámara. Y así sucesivamente á todos los que á bordo sabían escribir. Mas, ninguna de aquellas escrituras se asemejaba en manera alguna á la misteriosa.

Cuando la tripulación se retiró, el capitán quedó pensativo, y al fin dijo. ¿Habrá alguno extraño escondido á bordo? Registraremos el buque; el tercio, ha de ser muy hábil en jugar al escondite para que no lo encuentre. Todo el mundo arriba.

Cada rincón y rendija del buque, de popa á proa, fué registrado con la mayor escrupulosidad y la más viva curiosidad, porque había ya corrido el rumor de que un extranjero se había mostrado á bordo; pero ningún alma nacida pareció, fuera de la tripulación y los oficiales.

Regresando á la Cámara después de aquella inútil recorrida. Mr. Bruce, dijo el capitán. ¿Qué diablos hay en todo esto?

—No sé, señor. Yo he visto al hombre escribiendo: vos veís lo escrito. Algo debe haber aquí.

—Así parece. Tenemos un viento fresco y yo tengo un vivo deseo de seguir la dirección indicada para ver en qué para todo esto.

—Yo lo haría, señor, con seguridad si estuviese en vuestro lugar. Serán á lo más unas pocas horas perdidas.

—Bien: veremos. Vaya usted á la cubierta y dirija el rumbo hacia el noroeste. Y, agregó al levantarse el piloto: ponga usted un vigía arriba, que sea persona en quien se pueda confiar.

Sus órdenes fueron obedecidas. Hacia las tres de la tarde el vigía anunció una montaña de hielo casi de frente; y poco después, lo que él creía ser un buque pegado á ella.

Al aproximarse más, el anteojo del capitán puso en claro el hecho de que se trataba de un buque desmantelado, cogido en apariencia entre los hielos, y con muchos seres humanos á bordo. A poco le alcanzaron y enviaron los botes para la salvación de los naufragos.

Resultó ser un buque de Quebec que se dirigía á Liverpool con pasajeros á bordo. Se enredó entre los hielos y había pasado varias semanas en la más crítica situación. Estaba hecho pedazos, barrida la cubierta; era en una palabra, un verdadero naufragio; todas sus provisiones y casi toda su agua agotadas. La tripulación y los pasajeros habían perdido la esperanza de ser salvados; su gratitud fué grande, en consecuencia por tan inesperado rescate.

En el momento en que uno de los hombres que venía en el tercer bote, subía por el costado del buque, el piloto, que lo vió, se echó atrás con el mayor espanto. Era la misma fisonomía que había visto tres ó cuatro horas antes mirando hacia él desde el escritorio del capitán.

Al principio creyó ser obra de pura imaginación; pero mientras más examinaba al hombre más seguro estaba de que era la misma persona. No solamente la cara, sino el cuerpo y el vestido, todo correspondía.

Luego que la exhausta tripulación y los hambrientos pasajeros hubieron sido atendidos, y la barca puesta de nuevo en su rumbo, el piloto llamó aparte al capitán y le dijo:

—Parece que no era un fantasma el que he visto hoy: el hombre está vivo.

—¿Qué significa eso? ¿Quién está vivo?

Uno de los pasajeros que hemos salvado es el hombre que he visto hoy al mediodía escribiendo en vuestra pizarra: lo juraría en una corte de justicia.

—Vive Dios, replicó el capitán; esto se hace cada vez más singular. Vamos á ver á ese hombre. Le encontraron conversando con el capitán del buque naufragado. Ambos se adelantaron y expresaron en los más calurosos términos, su gratitud por haberseles salvado de una horrible situación en la que veían venir lentamente la muerte por abandono y hambre.

El capitán respondió que él no había hecho otra cosa, sino lo que estaba seguro que ellos hubieran ejecutado en idénticas circunstancias, y luego les invitó á pasar á la cámara. Entonces, volviéndose al pasajero, le dijo:

—Espero que Ud. no se imaginará que estoy chanceándome con Ud.; pero le agradecería mucho si Ud. quisiese escribirme unas pocas palabras en esta pizarra. Y le alargaba la pizarra con la cara en que estaba la misteriosa escritura vuelta hacia abajo.

—Lo haré con el mayor placer; mas, qué debo escribir?

—Unas cuantas palabras nada más; por ejemplo: "Steer to the nor'west."

El pasajero, curioso por saber el motivo de tal solicitud, escribió, sin embargo, sonriéndose. El capitán tomó la pizarra, la examinó con detención, y dando media vuelta para ocultarla del pasajero, la volteó y se la entregó de nuevo con la otra cara hacia arriba.

—Dice Ud. que es esta vuestra escritura.

—No necesito decirlo, ya que Ud. me ha visto escribir.

—¿Y ésta? dijo el capitán volviendo la pizarra. El hombre miró primero la una, luego la otra, enteramente confundido; al fin dijo:

—¿Qué quiere decir esto? Yo escribí una de estas. ¿Quién escribió la otra?

—¿Es más de lo que yo puedo decir. Mi piloto, que está presente, dice que él vió á Ud. escribirla hoy al mediodía en mi escritorio.

El capitán del buque naufragado y el pasajero se vieron cambiando miradas de inteligencia y sorpresa; y el primero preguntó al último:

—¿Soñó usted que escribía en esta pizarra?

—No señor, que yo recuerde al menos.

—Habla usted de sueños, dijo el otro capitán.

—¿Qué hacía este caballero hoy al mediodía?

—Capitán, replicó el otro, la cosa es de lo más

misterioso y extraordinario; y yo tenía la intención de hablarlos tan pronto como estuviésemos tranquilos. Este caballero, y señalaba al pasajero, estaba exhausto y cayó en un pesado sueño, ó algo semejante, un poco antes de mediodía.

Después de una hora se despertó y me dijo. "Capitán, seremos rescatados hoy mismo." Cuando le pregunté qué razón tenía para afirmarlo, me contestó que él había soñado que estaba á bordo de una barca que venía en nuestro auxilio. Describió su apariencia; y con grande asombro de nuestra parte, cuando nuestro buque se presentó á nuestra vista, correspondía exactamente á su descripción. Nosotros no habíamos puesto mucha fé en lo que decía; esperábamos, sin embargo, que hubiese algo, porque la gente que se ahoga se agarra de una paja. Como todo ha salido bien, no puedo dudar que esto ha sido arreglado de un modo incomprensible por la Providencia, á fin de que fuésemos salvados. Gracias sean dadas á ella por su bondad hacia nosotros.

—No hay duda, dijo el otro capitán, que la escritura en la pizarra, en la manera como se verificó, salvó vuestras vidas. Yo gobernaba en aquel momento hacia el Sudoeste, y cambié mi carrera hacia el Noroeste, y puse un vigía para ver lo que sucedía. Pero, dice usted, dirigiéndose al pasajero, que usted no soñó que escribía en la pizarra?

—No, señor. No recuerdo haberlo hecho. Conserve la impresión de que la barca que ví en mi sueño venía en nuestra busca; más por qué venía, no lo sé. Hay aquí algo muy extraño también; y es que cada cosa á bordo de este buque parece serme muy familiar; estoy, no obstante seguro que jamás he estado en él. Es esto lo que excita mi curiosidad. ¿Qué dice vuestro piloto?

Mr. Bruce les refirió las circunstancias ya detalladas. La conclusión á que llegaron fue que se trataba de una interposición especial de la Providencia para salvarlos de lo que parecía un destino sin esperanza.

Como el relato se ha hecho un poco largo, dejaremos el otro caso para un número posterior.

R. VILLAVICENCIO.

EL AHORCADO

NOVELA INÉDITA POR J. DE TALLENAY

(Traducción para EL COJO ILUSTRADO)

POR J. J. BRECA

Encantadora era la noche en su profundo sosiego. Bajo el cielo tachonado de brillantes astros, el gran vapor *Lafayette* acababa de llegar á vista de Martinica y se dirigía rápidamente hacia Fort de France, proyectando, en la noche azul, como larga estrella de oro caída sobre el mar, las vivas claridades de sus ventanas, cuyos rayos brillaban á lo lejos sobre las trémulas ondas. Calma infinita llenaba el espacio, tranquilidad ilimitada de que aun la misma máquina parecía experimentar la influencia; tanto así se ensordecían en aquel momento sus palpitaciones regulares, jadeantes como las de un ser humano.

Desierto estaba el puente. No más conversación entre los pasajeros, no más ruido. El oficial de guardia se paseaba silencioso, afectando no ver; pero observando, sin embargo, con un suspiro de envidia al Comandante y á su joven esposa recostados en la rampa, el uno cerca de la otra. Henchido de ternura el pecho, cada vez que en su paseo se acercaba, no podía menos que contemplar la linda é infantil cabeza que en lánguida posición se apoyaba en la espalda del marido; y pensaba entonces en su novia cuyo dulce rostro se le había aparecido por última vez al extremo del muelle de St. Nazaire, en el momento en que salía de Francia el *Lafayette*. Cuando sea ella su esposa, ¿podrá él alcanzar, así como el capitán Kardec, el raro favor de llevarla consigo, de hacerle ver y de ver con ella, en un ideal viaje de novios, el brillo caloroso del sol de los trópicos, inundando con sus torrentes de luz las encendidas olas? ¿Verán ellos las vaporosas lejanías confundidas allá en el horizonte, y las brumas doradas que cubren las ondas poderosas del Atlántico? ¿Sentirán ellos pasar sobre sus frentes reunidas las brisas tibias y perezosas de las islas? ¿Podrán ellos respirar juntos sus olores dulces y embriagantes como vino perfumado?

Y el joven oficial continuaba su monótono



CATEDRAL DE BARQUISIMETO

paseo, absorto en tiernos pensamientos, cuando despertó de su ensueño la proyección súbita de una luz verde, de la cual un prolongado rayo se produjo fantásticamente en el buque y se perdió en las sombras.

—«El faro de San Pedro,» dijo brevemente al Comandante, y éste se levantó muy luego.

—Haga usted parar un poco más, le dijo, no podemos llegar á Fort de France antes de la mañana.

Un silbido resonó junto con un repique precipitado, al mismo tiempo que un chorro de vapor surgía con estrépito de la chimenea. El Lafayette, acortando su andar, acabó luego por permanecer casi estacionario balanceándose sobre las aguas; y la calma, ya entonces completa y más solemne, llenó de nuevo la suave transparencia de la noche, envolviendo el horizonte en su atmósfera dulcísima y serena.

El capitán se reunió de nuevo á su mujer.

Ven, Paula, le dijo, ya es tiempo de reposar un poco, si quieres estar levantada temprano para vernos echar el ancla.

Sin responder, bajó ella la estrecha escalera que conduce al puente; pero ya á la entrada de los camarotes, se volvió para abrazar con una mirada de admiración el esplendor que los rodeaba.

—Permanezcamos aquí todavía, murmuró ella.

Sonriente el marino, pasó su brazo con un movimiento de caricia, bajo el de la joven su esposa, y ambos se pasearon largo rato con ese paso acorde, de cadencia armoniosa que toman involuntariamente los enamorados cuando sus almas vibrantes se han confundido en un mismo sentimiento. Algunas veces se reclinaban de codos sobre la obra muerta donde seguían con ojo distraído la marcha contenida del buque cuyo vaiven balanceador turbaba las oscuras oleadas, encendiendo sobre ellas millares de facetas lumi-

nosas que brillaban, hufan, centelleaban, semejantes á las huellas diamantinas que hubieran quedado del paso tenue de invisibles ondinas. Continuaban después su paseo sosegado, sin hablarse; y se detenían cuando el ir-y-venir los llevaba al círculo de claridad indecisa proyectada por la linterna suspendida sobre el mástil. Entonces, por un común instinto se miraban, con mirada fija, penetrante, buscando ávidamente, como todos los que se aman, el corazón, el pensamiento, lo desconocido, lo impenetrable. Ante la nulidad de esta interrogación muda, una vaga tristeza de que no tenían conciencia y que no comprendían, ni analizaban, se mezclaba á su felicidad, y experimentaban entonces la necesidad inmediata y más fuerte de ratificarse en su amor. Una ternura íntima los acercaba más y más todavía, como si hubieran querido protestar la perfecta comunión de sus almas, ante el grande y misterioso enigma del Yo—del Yo, siempre oculto, siempre velado, siempre intangible—y emprendían de nuevo su paseo, estrechados el uno contra el otro y escogiendo los lugares sin luz, en los cuales estaban seguros de no ser vistos para besarse rápida y apasionadamente, no ya con ese beso que había seguido á su reciente matrimonio y que el contacto nuevo del sér físico hacía ardoroso, sino con ese beso tranquilo, más verdadero, más profundo y que expresa mejor al sér amado la intensa vibración del alma, el conocimiento más seguro del sentimiento. De súbito, y hallándose hacia proa, donde admiraban los reflejos fosforescentes que llenaban de chispas eléctricas las opacas olas cortadas violentamente por la marcha del buque, se sorprendieron ambos al percibir, á algunos pasos, á un hombre, apoyado también sobre la obra muerta en actitud contemplativa. El Comandante Kardec se le acercó inmediatamente.

—¿Por qué está usted aquí? le dijo con tono

de desagrado. ¿No sabe usted que está prohibido á los emigrantes subir al puente después de las once?

El hombre tembló, y volviéndose, ajustó con un movimiento nervioso el pañuelo de seda cuyas puntas flotaban en torno á su cuello.

—Tenía un fuerte dolor de cabeza, señor Capitán, contestó con voz baja y muy ronca.

—Eso no es una razón para infringir el reglamento. Baje usted.

—¿No permite que se quede? intercedió Paula, diciéndolo en secreto á su marido. Pobre hombre, parece tan enfermo!

Desde el principio del viaje, ella se había interesado por el pasajero solitario y taciturno, único que no la acogía con una sonrisa cuando en la tarde iba ella al lugar ocupado por los emigrantes á distribuirles tabacos, frutas y cerveza, llevado todo por un marinero que la acompañaba. Mientras de grupo en grupo, conversando con todos, se informaba de su salud, de sus asuntos, él se escondía con cuidado, detrás de un palo del barco, ó se amparaba detrás de algún rollo de jarcias. Se le acercaba ella para ofrecerle con gracioso gesto un tabaco, y él retrocedía desatinado, mostraba una fisonomía llena de inconcebible miedo y se inclinaba humildemente sin tomar nada y como buscando á donde huir. Esta conducta había llamado al principio la atención de la señora Kardec; pero después había excitado fuertemente su curiosidad. Procuró informarse, y llegó á saber que aquel hombre se llamaba Henrique Martín y que se dirigía á Panamá con el objeto de trabajar en el Canal. Y esto fué todo lo que pudo descubrir. El se sustraía á las diferentes tentativas de conversación que ella había tratado de emprender, y se mantenía siempre apartado, absorto, al parecer, en un pensamiento tenaz y doloroso, cuyo asedio había acabado por transparentarse en sus azules y pequeños ojos,

de expresión intensa y que se volvían huraños al imaginarse que alguien se le acercaba de manera decidida. Envuelto constantemente en un paletot, y cubierto el cuello con una gruesa pafioleta roja que le llegaba hasta las orejas, pasaba horas enteras expuesto á los ardientes rayos del sol tropical y contemplando en inmovilidad perfecta, las ondas serenas del mar.

Sus compañeros de viaje le hulan y los marineros lo trataban con dureza. Muchas veces no aparecía en el entrepuente á la hora del rancho; y como nadie se molestaba en llamarlo, permanecía días enteros sin tomar nada, no bajando, sino maquinalmente, cuando su estómago le hacía sentir la tortura que le había impuesto. Hacía ya tres semanas que duraba el viaje, y de día en día su rostro imberbe tornábase más pálido, más triste, más enjuto, marcando con una impresión de dolor, aún más viva, el cerco acerado de sus ojos, cuyas profundidades extrañas indicaban los conflictos incesantes de un alma violenta, vuelta á sí misma.

Cuando la joven esposa rogó al capitán que le permitiera permanecer en el puente, en lo que su marido convino haciendo un signo afirmativo, él balbució: «Gracias,» con voz ahogada, y se apoyó de nuevo en la rampa, volviendo la espalda. Entonces, lentamente, con sentimiento, y deteniéndose á cada paso para admirar las estrellas que brillaban en la noche como otros tantos ojos entreabiertos, el señor Kardec y su esposa se dirigieron hacia su camarote; el oficial de guardia, viéndolos desaparecer entrelazados, envueltos en ese fluido poderoso que evidencia la dicha en el amor, los cotemplaba de lejos tristemente, y más allá, el pobre emigrante se volvía también para seguirlos hasta su puerta, con inquietos ojos, súbitamente llenos de desesperación inexplicable.

Luego que entraron, el oficial apresuró los pasos de su inmutable ronda, y Henrique Martín, cogiéndose con ambas manos la cabeza, lloró largo tiempo sin pensar en contener las lágrimas que caían en el mar.

Olas de luz ahogaban la isla toda de Martínica, cuando muy temprano al siguiente día el Lafayette soltó el ancla en la Carena, á algunas brazadas de la escuadra francesa cuyos cinco ó seis buques formaban una como muralla brillante y gigantesca á las escarpas cubiertas de césped, del viejo fuerte St. Louis.

* Todos se preparaban á bordo para pasar alegremente el tiempo de los próximos días de escala. Los pasajeros aparecían con vestidos nuevos, afeitados, perfumados, trasfigurados, y seguían con mirada alegre el alboroto ocasionado por la llegada del vapor. Primero, la visita de la sanidad; luego, el acudir de centenares de canoas, cargadas de negros, de mulatas que, desde lejos, y al mismo tiempo, gritaban y se movían mostrando la mercancía que llevaban y ofreciendo sus servicios para el transporte de los pasajeros. Precipitábanse de una barca á otra, y subían la escalera que oscilaba bajo su peso, y se diseminaban sobre el puente en grupos intranquillos y ruidosos. Hacia la proa, unos veinte emigrantes se amontonaban con alegría en una pesada falúa que zarpaba lentamente, seguida de una nube de retruécanos. En la toldilla, la señora Kardec, en medio de una docena de muchachas negras, coquetamente vestidas con trajes largos de cola y con pañuelos de madrás de colores vivos, respondía riendo á sus preguntas, y se divertía en arrojar al mar monedas de plata; acogidas al caer, por estruendoso clamoreo de tempranos buzos y por la reaparición de pequeñas cabezas negras y lucientes, en la superficie del agua, que mostraban en sus dientes las pequeñas piezas de plata que habían recogido.

Más lejos, Fort de France. Sus pequeñas casas apenas se veían detrás de la opaca verdura de los tamarindos que algo se entreabrían, dejando percibir en medio de la plaza de la Sabana, una melancólica y encantadora estatua de la Emperatriz Josefina, radiante bajo la bóveda sombría, como una perla sobre terciopelo negro. En la playa, esmaltada de oro fino, hacía ejercicio un regimiento de infantería de marina, que paseaba en líneas regulares la viva llama de sus bayo-



Estudio de Manuel Vicente Ruiz

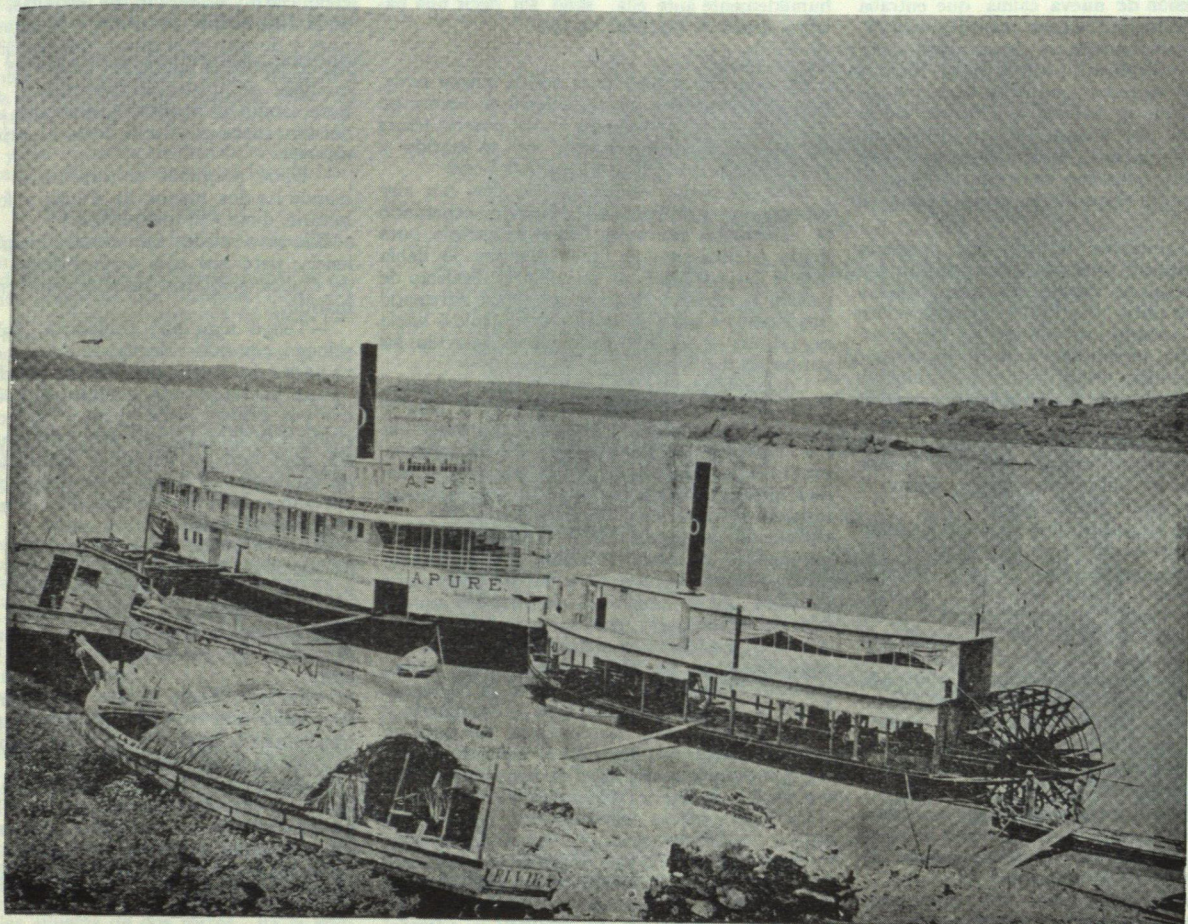


Estudio de Manuel Vicente Ruiz

netas, en tanto que en los cascos de las tragatas, bajo el abrigo de su tela blanca, brillaban las hileras de cañones de luciente cobre. La naturaleza sonreía en los brazos del sol, y sobre toda esta animación, su luz matutina, de ideal transparencia, corría en cascadas, poniendo en su beso á la tierra, todo el ardor delicado del primer beso de amor. Ella envolvía la isla y cubría sus colinas con un manto de joyas centelleantes; ella penetraba en los bosques más espesos, para hacer brillar en ellos las flores más ocultas, y acentuaba vivamente los colores,

aumentando el rojo en las acacias de color de sangre, y el oro y el azul en esas flores misteriosamente suspendidas en alguna silvestre enredadera: ella llevaba el azul diáfano á la miosotis pálida y el brocado escarlata á la rosa de Cayena: ella iluminaba el cielo infinito y entraba en las aguas haciendo danzar en la superficie azul arenas de oro temblorosas, y luego se extendía á lo lejos, hasta las grandes zonas de nenúfares que adornan sus orillas, en dilatados lechos deslumbrantes.

—¿Vienes á buscarme para ir á tierra? pre-



El Río Orinoco en el sitio denominado «Angostura»

guntó Paula á su marido que se acercaba á ella á través del montón de mercancías diseminadas en el puente.

—No estoy libre todavía, le respondió el capitán, tengo una multitud de papeles que firmar, y he subido un instante para hacerte una corta visita y conocer la impresión que te ha producido la Martinica.

—Linda, admirable; pero quisiera ver á Fort de France! Son fastidiosos esos papeles.

—No me riñas, amada mía, le repuso con tierna sonrisa.

La joven esposa lo envolvió con una mirada, dulce como una caricia.

—Pues bien, vete á tu trabajo, que yo esperaré. Mira! Allá viene una canoa que, según parece, se dirige hacia nosotros.

El Comandante tomó su binóculo.

—Sí, hacia acá viene, es la policía, el Prefecto en persona.

—Y ¿qué significa eso?

La canoa llegó por fin al costado del buque, y los agentes subieron á bordo, mientras que el jefe de ellos se reunía al Capitán para explicarle brevemente el motivo de su visita, que no era otro que la ejecución de un mandato de extradición lanzado por los Estados Unidos contra un asesino, del cual se sabía que se había embarcado en el *Lafayette*. Iban, pues, á practicar una perquisición minuciosa del buque y á impedir el desembarque de los pasajeros.

—Pero algunos emigrantes están ya en tierra, exclamó el capitán Kardec.

—Tanto peor! El bribón se habrá largado, y tendremos mayor trabajo para prenderle. En todo caso, voy á hacer registrar el buque de uno á otro extremo. ¿Tiene usted algún pasajero que responda á las señales siguientes: 28 á 30 años, estatura mediana, cabellos rubios y crespos, ojos azules, mirada penetrante, ligero acento alemán?

—No, no! Los emigrantes son todos españoles, y ninguno de ellos se parece á ese retrato.

Pero ¿Cómo se llama ese hombre? ¿Quién es? ¿Cuál es su crimen?

—Se llama Teodoro Mann. Es un médico alemán que se había establecido en Washington, y su crimen es asunto de amores. Mató á una mujer que adoraba, porque ella lo había engañado con otro, y lo que hay de raro en este caso es que el otro es precisamente el juez que lo condenó á muerte y lo hizo ejecutar. Sí, fué ahorcado públicamente y dejado por muerto en el cadalso. Sus amigos llegaron en la noche á atacar la guardia que velaba el cadáver, y se lo llevaron para enterrarlo. Se apercibieron entonces, al trasportarlo, que el corazón palpitaba débilmente, y cuidaron al miserable y lo hicieron revivir. Lo embarcaron luego para Francia, de donde sabemos que salió con falso nombre en el *Lafayette*. El juez americano, implacable en su tarea, lo reclama, y podremos restituírselo, gracias á las trazas profundas de estrangulación que debe de llevar en el cuello. La señora Kardec escuchaba atentamente y tembló de súbito. Ella había visto aquellas trazas horribles. . . Una mañana, mientras todos dormían á bordo, ella subió al puente y vió de lejos á Henrique Martín, quien, al verla, se llevó nerviosamente la mano al cuello, reuniendo así, con un movimiento brusco, las puntas del pañuelo de seda que el viento agitaba; pero no tan pronto, sin embargo, como para impedir que ella viese una línea negra, profunda, livida que parecía separar violentamente del tronco la cabeza. . . Ella palideció. Su lindo rostro dulce y risueño se volvió grave, y de repente, sin reflexionar, obedeciendo á un arrojó espontáneo, á un impulso fogoso, bajó vivamente la escalera gritando á su marido que conversaba con los policías: «Puesto que estás ocupado ahora, yo voy á comprar algunas cosas en el puente. Hasta ahora.»

Y luego, temblorosa, palpitante el corazón, emocionada; pero dueño de sí misma, Paula recorrió rápidamente los diversos sitios de venta, las flores delicadas, las frutas de los trópicos,

los ramilletes, las aves de colores brillantes, dirigiéndose siempre, á medida que compraba de todo, hacia la proa del barco, donde sabía que había de encontrar á Henrique Martín, en su sitio de costumbre.

Allí estaba en efecto.

El la había visto llegar, y admirando instintivamente la elegancia de su tocado blanco que comunicaba brillo á su belleza rubia, notó al mismo tiempo, aun de lejos, su extremada palidez. Aquel desgraciado tuvo un momento de sospecha; adivinó que ella iba hacia él y que él era la causa de su inquietud. Una sensación de vaga alarma se apoderó de él, inexplicable y misterioso presentimiento que le hizo salir á su encuentro, con incertidumbre, con la mirada interrogadora y devorado por la angustia.

—La policía está á bordo, se le busca á usted, le dijo ella en voz baja.

El hombre tambaleó, y se sentó luego sobre una arandela, como si las piernas se le hubiesen roto. Instintivamente, y con expresión de profundo terror, llevó las manos al cuello como para protegerle, y luego, levantándose por un sacudimiento, con los brazos extendidos, dijo con aire de extravío y con sonrisa extraña, desesperada, con sonrisa de agonía: «Yo había esperado morir de otra manera.»

—Yo vengo á salvarle, sígame usted! Animo, y lleve usted estos paquetes.

Tras corto silencio, ella le entregó los objetos que había comprado. El se hizo cargo de los ramilletes y de las frutas y, bajando la cabeza, deteniendo el aliento, la boca entreabierta, los dedos incrustados en las bellas flores que llevaba, tranquilo en apariencia, el criminal siguió á la señora Kardec atravesando el puente en toda su longitud.

La perquisición había comenzado; registraban la sentina, cuya abertura estaba cercada de una muchedumbre de curiosos. Dos agentes de policía, rodeados de los tripulantes excitados, guardaban las escaleras. La joven señora, repentina-

mente en posesión de nueva calma que entraba con fuerza en su sangre, en sus músculos vibrantes, tuvo una inspiración: se detuvo para comprar un loro, y llegó así, poco a poco, como si se paseara, al corredor que daba acceso a los camarotes, y que se hallaba desierto en aquel momento. Allí, con viveza, empujó al hombre en el suyo, y sin hablarle, lo colocó en un rincón apartado, donde colgaban sus vestidos, y luego salió llevándose la llave de la puerta que dejó cerrada.

Todos los habitantes del *Lafayette*, pasajeros y marinos, estaban agrupados al rededor del mástil, y se prestaban, riendo los unos, enojados y quejosos los otros, a la inspección que se les hacía sufrir, cuando la señora Kardec llegó a donde estaba su marido. Asistió silenciosa, impasible a aquella visita; pero un temblor la estremeció toda cuando el Prefecto se acercó al Comandante.

—Me parece evidente, le dijo, que nuestro hombre se ha desembarcado; pero no hemos registrado todavía los camarotes, y vamos a hacerlo por escrúpulo de conciencia.

Los agentes, seguidos del Capitán y de su jefe, se diseminaron muy luego en el interior.

Fija la mirada, crispado de terror el corazón, Paula aguardaba. «¿Qué he hecho? se dijo. ¿Qué dirá mi marido cuando encuentren a ese hombre en nuestro cuarto? Va a perjudicarse por ello en su carrera.» Y, durante un segundo, fue acometida por la loca tentación de confesarlo todo; pero muy luego, avergonzada de sí misma, se sobrepuso a su pasajera debilidad y permaneció apoyada en el filarete, nerviosa, palpitante, cada una de las fibras de su cuerpo, sometida a la más horrible ansiedad.

Al cabo de un cuarto de hora, volvieron todos, sin haber encontrado nada, y uno de ellos, acercándose, delante del círculo compacto de acompañantes, le dijo saludándola.

—Hemos registrado todos los camarotes, señora, excepto el de usted, que está cerrado.

Un estremecimiento le sobrevino con toda violencia, como silbador meteoro; y sin embargo, respondió con voz cuya entonación forzada se hacía metálica.

—He comprado un loro que acabo de encerrar en mi camarote para que no se me escape.

—¿No querrá usted permitirnos que echemos allá una mirada?

Su vista se turbó. Su cerebro perdía la percepción de las cosas. Iba a desfallecer y a balbucear la verdad, cuando creyó percibir, como en un sueño, que su marido la observaba con aire singular; y, reponiéndose de repente, con bravura y audacia, si bien temblando convulsivamente de la cabeza a los pies, tendió la llave al agente, esforzándose para sonreír.

—Aquí la tiene usted señor; pero le suplico que tenga cuidado con mi loro.

El Prefecto tomó la llave de manos de su subalterno.

—Tranquícese usted, señora, le dijo, sonriendo a su vez y devolviéndosela. Puesto que es usted la última persona que ha entrado en ese cuarto, la visita es inútil, y perdemos aquí el tiempo. Debemos continuar en tierra nuestras pesquisas. Capitán, queda levantada la prohibida de desembarque.

Mientras se iban los oficiales de la policía, acompañados por el Comandante, Paula, toda atolondrada, llena la cabeza de un tumulto de incomprensibles sensaciones, se dirigió sin ser vista, hacia su camarote. Lo abrió con dificultad, tal era su agitación; y cuando se encontró frente a frente con el hombre que ella acababa de salvar, esta agitación desapareció de súbito para dar lugar al piadoso enternecimiento.

—Ya se fueron, le dijo con dulzura, usted puede, pues, andar con entera libertad.

El no se movió.

De pié en medio del estrecho recinto, pálido, comprimidos los labios, dilatados los ojos, parecía inmóvil como una roca.

—Está usted en salvo, repitió Paula, dando a su voz toda la dulzura de su alma tierna y bondadosa.

Entonces quiso él hablar, ponderar la intensidad de los sentimientos que lo sofocaban; pero el grito murió en su garganta, é inclinándose

humildemente ante ella, salió sin decir una palabra, llenos de lágrimas los ojos.

El *Lafayette* se hizo a la mar la misma tarde, y la vida ordinaria se restableció a bordo, no del todo, como antes, pues Paula parecía temer entonces el encontrarse sola con su marido y buscaba más la sociedad de los pasajeros.

El la observaba desde hacía dos días con aire investigador y ligeramente divertido, esperando la confidencia que sabía había de hacerle, pues desde el momento en que su mujer lo había dejado bruscamente, al terminar el Prefecto de policía la relación del crimen, había adivinado que ella iba a tratar de salvar al culpable y había seguido de lejos, con profunda conmoción, las peripecias del drama.

Conmovido por su bondad, por sus angustias, y por su amor débil para con ella, se hizo su cómplice sin que ella lo supiese. Así, logró varias veces desviar la pesquisa de los agentes, pronto a impedir él mismo, en caso de necesidad, la entrada a su camarote, si estos hubieran insistido en visitarlo.

Calmada la inquietud, y comprendiendo la perplejidad de Paula, esperaba que ella le confesaría su gran secreto; pero ante su obstinación en callar, él se entristeció, herido por aquella falta de confianza; y por su parte, sin querer provocar la explicación deseada, evitaba las largas entrevistas, los dulces paseos de las tardes, pasando de guardia la mayor parte de las horas. En amor, la más pequeña cosa causa tristeza y la más pequeña cosa da consuelo. En amor no hay pequeñas cosas, tanto así es delicada, extrema, exquisita la sensibilidad de dos almas unidas por ese lazo colosal é incomprensible!

La joven señora sufría mucho. Cien veces estuvo a punto de confesarlo todo al Comandante; pero el temor de que aquellos ojos tan amados, que siempre la envolvían en atmósfera de dulce ternura, la mirasen con reproche y con tristeza, la detenía en su intento; y además, temía que su marido quisiese guardar como prisionero al pobre hombre que ella había salvado, para restituirlo a las autoridades de Martinica a su viaje de regreso. Nada le dijo ella de todo esto, y lloraba a menudo, sola en su camarote, a donde el marino, so pretexto de trabajo, no iba ya en el día en solicitud de un beso.

Colón! El término del viaje! El *Lafayette* llegó muy de mañana, así como había llegado a Martinica: la misma animación se extendió como entonces en el buque entero. Todos los pasajeros desembarcaron. El tren para Panamá, que aguardaba a los viajeros, se hallaba a algunos pasos del muelle en medio de pobres casuchas de adobes. En la embocadura del río Chagres, bajo palmeras mustias que sacudían al viento abrasador su corona de hojas, muchos caimanes dormidos sobre el ribazo, se mostraban inmóviles bajo el sol como si hubieran estado rudamente esculpidos en roscas de basalto; mientras que algunos negros errantes, algunos chinos, algunos indios de rostro grave y triste, detenidos en su marcha perezosa, miraban efectuar el desembarque. Cerca de la escotilla abierta, la señora Kardec asistía a la partida de los tripulantes, siguiendo con interés las escenas variadas que el desembarque presentaba, cuando se oyó llamar de una manera tímida.

Volvióse toda conmovida. . . . Henrique Martín, a quien ella no había vuelto a ver en el puente, desde Fort de France, se hallaba en su presencia, descubierta la cabeza, con su pequeño equipaje bajo el brazo, ya en actitud de atravesar la plancha que une la tierra al barco. Temblaban sus finos labios cinceados, y en sus ojos profundos aparecía su alma entera. Iba a decir algo; pero viendo que el capitán se acercaba, presentó silenciosamente a Paula un botón de rosa que acababa de comprar; y se lo ofreció con aire tan suplicante, con tal expresión de fervor, de humildad, de desesperación en sus facciones, demudadas, que ella tomó la flor y murmuró muy bajo: «Dios os guarde.»

La joven señora pasó todo este día en tierra con su marido; y cuando volvieron a bordo, el

cielo, claro y sembrado de estrellas, derramaba en la tibia noche un encanto halagador de ternura y de paz; y la calma que entonces mantenía en reposo el buque, les pareció tan grande, tan llena de misteriosa solemnidad, que un instinto común los arrastró a recostarse uno al lado del otro sobre el filarete como al principio de la travesía.

—Dime, preguntó de repente el capitán, tomando las dos manos de Paula, y forzándola a mirarle, dime ¿en qué piensas?

Ella tuvo miedo. Su corazón palpitó con violencia; pero sus ojos azules, llenos de amor y de súplica, se fijaron resueltamente en los de su marido.

—Tengo algo que confesarte, balbució ella, y luego, con más valentía, le dijo: ¿qué habrías tú hecho si ese criminal hubiera estado a bordo?

—Lo habría salvado, contestó el capitán Kardec con voz grave. Nadie tiene el derecho de interrumpir la duración de una encarnación terrestre, pues que así impide la completa evolución de un alma. Y luego, ese desgraciado había expiado su falta cruelmente. Aún la expla, puesto que vive y sufre.

Paula se inclinó, y piadosamente, reteniendo las lágrimas, besó la mano que aprisionaba la suya con varónil y dulce compresión.

—Oh! Perdóname. Te juzgué mal. Yo oculté a ese hombre, y tuve miedo de decirlo. . . . Esta falta de confianza. . . . Ah! He sufrido tanto.

—Cállate! Todo lo sé. Estoy orgulloso de tí, añadió con viveza, apiadado ante la pena que llenaba la mirada de la joven esposa, y atrayéndola hacia sí, le dijo: Escúchame.

Entonces, con los labios sobre su oído y tan bajo, que ella adivinó antes que oír, él murmuró estas palabras: «Yo te amo» Así permanecieron, abrazados y silenciosos, siguiendo con mirada soñadora la suave fosforescencia que de vez en cuando turbaba la limpidez del mar.

NUESTROS GRABADOS

Nota editorial

Acreditados suficientemente el interés y diligencia con que la dirección de *EL COJO ILUSTRADO* solicita informaciones para sus columnas, aparecerá extraño el silencio de este número respecto a la inauguración del Gran Ferrocarril de Venezuela. Esto obedece a que hay asuntos que por su soberana importancia requieren tiempo y espacio extraordinarios.

El del ferrocarril es uno de ellos.

Mensajero de progreso, nuncio de prosperidad para las ciudades que enlaza, el ferrocarril alemán ha entrado de lleno en nuestra vida para fortalecerla y desarrollarla en sus múltiples energías de trabajo explotable. El comercio y las industrias, la paz y la sociabilidad han dado en solo un día—el de la inauguración que abre al tráfico público el servicio de esa línea—un paso de adelanto centenario. Al habla están las dos capitales históricas. Acortada se encuentra, por el benefactor coloso, la zona extensa y rica que antes las separaba alejándolas mucho—por las dificultades del camino—de la intimidad fraternal. Ya ha comenzado el cambio de pasajeros de uno y otro punto. Ya vienen a la ópera con sus trajes de gala hermosas damas y elegantes caballeros. Ya será indiscutible el retraimiento ó la frialdad; decir: no conozco a Valencia; decir: no conozco a Caracas. Y como viaje de recreo, qué hermoso viaje el que se puede hacer a la redonda. Almorzar en la Victoria, comer en Valencia, pasear al siguiente día en Puerto Cabello, embarcarse en la noche, amanecer en La Guaira y tomar el mismo día en Caracas el *cóctail* de antes de almuerzo. Un viaje de tres días con inmensas perspectivas saludables. Llanos y montes, potreros extensos, cafetales y sembrados soberbios, ciudades y caseríos distintos, la vista y el placer del mar. Recuerdos que se entrelazan y agrandan de teatros concluidos ó que esperan la última mano del artista, de plazas semejantes de un mismo nombre, de catedrales é iglesias, de rostros que están gritando el parentesco. Nombres para todos los nombres, impresiones para cada impresión: Boquerón, El Cable, El Corozal, los grandes túneles de la línea de La Guaira, el viaducto de Maiquetía sobrepujado por los infinitos y aéreos del ferrocarril alemán, el Tuy, el Lago, cimas y abismos, la naturaleza tropical dominada por la ciencia del hombre.

¡Llor al ferrocarril que así ha venido a disper-

tar el apetito por los viajes, que es el estudio de la tierra y los paisanos sobre el libro de la topografía y la estadística!

EL COJO ILUSTRADO no podía quedar silencioso en este torneo. Su mutismo de ahora obedece á que está en preparación algo especial, relativo á la inauguración: vistas, retratos fotográficos, etc. También preparamos, para una próxima edición, la relación y las vistas ilustrativas de la ascensión efectuada, en los días de Carnaval, al Pico de Nai-guatá.

Carnaval de 1894

Pocos años se cuentan en que la inauguración fuera tan magnífica.

Más de doscientos coches inauguraron la carrera; coches ocupados por disfraces; otros, una gran parte, que semejaban cestones de flores por las lindas mujeres que conducían.

Vá decayendo el juego pero se acentúa la afición á los disfraces, y se hace más culto, más agradable el Carnaval.

Nuestros salones caraqueños estuvieron dedicados á la danza. Alegres comparsas los llenaban alternando, y era un gusto recorrer la ciudad en las tres noches, iluminada á trechos, resonante, con las músicas que á torrentes se escapaban por puertas y patios y ventanas.

Raro fué el hogar triste. Hasta los hombres serios se dieron á buscar careta y dominó. Cinco ó seis bailes públicos entretenían sus concurrentes hasta la madrugada. Debajo de los templete, y en las plazas, se bailaba como en pavimento encerado, y esta loca alegría que por las tardes tomaba en la carrera el aspecto de mareador oleaje, no dió aumento á la crónica de la ola criminal que nos invade.

En el templete levantado por El Cojo, en la esquina de la Marrón, disfrutaban de la fiesta en los 3 días un buen número de señoras, señoritas y caballeros invitados al efecto. Allí estaba la máquina fotográfica. A ella se debe la vista que hoy reproducimos, tomada en los recesos de la refriega.

¿Era exclusivo de Caracas este entusiasmo carnavalesco?—Indudablemente que no. De ello da una idea la vista de la calle real de Valencia en los días del festival. Allí, en la lejanía del horizonte, como imponentes testigos de esta locura, se divisan las siluetas de dos torres. Es la iglesia de San Blas—la Iglesia, lo Alto, que mira á sus cristianos hijos divertirse y aguarda tranquila el reconocimiento de su sanción soberana, con el *mea culpa* del amanecer del miércoles.

Dos estudios de Manuel V. Ruiz

El joven pintor se despereza con la briosa tonalidad de inspiración que no ha debido faltarle nunca. Van saliendo sus cuadros, tan sencillos como bellos, casi á pesar suyo y por las reiteradas instancias de los amigos.

Los dos que hoy ofrecemos son modelo en su género por la felicidad de ejecución que distribuye con medida y acierto el claro-oscuro de las tintas.

En el río.—Estudio de C. Rivero Sanavria

Tonta manía la de los mogigatos pecaminosos que encuentran inmoral lo que para admirarlo ha sido hecho. Muchas inmoralidades no están en las cosas sino en la manera de verlas; en la retina y en el pensamiento de quienes las ven.

Cerrar un museo donde la estatuaría y la pintura exhiben las copias de lo que el Supremo Artista modeló para arrobamiento del ánimo, y ésto á pretexto de no ofender ojos púdicos, podrá pasar por decisión moralizadora, pero no es, en el fondo, sino signo de corrupción ó de barbarie. La ofensa á la moral no está en el arte, sino en lo que la intención maligna añade ó quita á la concepción del artista.

El estudio del señor Rivero atrae tranquilas las miradas, por la sencillez con que está hecho sin pretensiones de agregarle otro mérito que el de la propia naturalidad del asunto.

Teatro Baralt, de Maracaibo

Cosa grande es la virilidad en los pueblos. Encomiable virtud esa, á la que puede propiamente aplicarse la efectividad axiomática de querer es poder.

Desde 1839 trabajaba Maracaibo por la construcción de un coliseo que pudiera dar abrigo á las compañías que lo visitaran, y que estuviera, á la vez, á la altura de la fama que le han dado sus notables edificios de otra especie. Varias veces fracasó el laudable intento, y varias también la perseverancia de los hijos del Zulia lo fué haciendo realizable, hasta llegar á la administración del General Parra, á quien cupo la suerte de signar el decreto ejecutivo al cual se debe la realización del Teatro Baralt.

Particularidad digna de mención es la de que este teatro se levanta en el mismo sitio donde en 1839 se colocó la primera piedra para la edificación del teatro zuliano. El decreto para su cons-



SIR JOHN FALSTAFF

trucción fué expedido en 28 de Julio de 1877, y la inauguración se efectuó, en homenaje á la memoria de Bolívar, el 24 de Julio de 1883, fecha del primer centenario del Héroe.

Iglesia San José, de Caracas

Cuando y como quiere, la Administración pública es benéfica á los asociados. La de Rojas Paúl lo fué á un apartado barrio de Caracas, dotándolo con magnífico templo, y como si esto sólo le faltara para desarrollarse rápidamente, pocos años han bastado para que el antiguo Estado Zamora se convierta en la pintoresca parroquia San José, que ahora es, por su posición y saludable clima, lugar disputado para temporada ó residencia.

Maracaibo.—Estación terminal del tranvía de Bella Vista

Como deben refrescar, en la cálida atmósfera de Maracaibo, los hermosos cocoteros! Placer desconocido para los habitantes de ciudades como la nuestra, en que la temperatura varía sin tocar en los extremos, el de la sombra tiene una atracción irresistible sobre los hijos de las ciudades calurosas.

A ese solo respecto, la estación terminal del tranvía de Maracaibo parece escogida para seducir á los paseantes.

Isabella Svichar, primera triple ligera

Engalanamos nuestras columnas con el retrato de la interesante artista que hizo en *Lucía* las delicias del público asistente á la ópera. Todos los periódicos nos han precedido en el juicio que les merece la Compañía. Calificanla los más de aceptable. Todos también han estado conformes

en reconocer los méritos de la Svichar en la pieza con que hizo su debut.

Publicaremos en EL COJO ILUSTRADO los retratos de los demás artistas.

"Angostura"—Vista del Orinoco

Señoras del líquido elemento van las naves en nuestra importante vía fluvial.

Región fabulosa, más explorada por los extraños que por los nacionales, la del Orinoco tiene todavía ocultos sus misterios. La industria del venezolano no ha penetrado allí sino á explotar lo que la madre tierra generosa pone al alcance de las manos.

Nos será grata la reproducción de cuantas vistas propendan á despertar el interés por el conocimiento de esa parte del territorio patrio.

Sir John Falstaff

A título de curiosidad y excitación publicamos el dibujo de Falstaff. ¿Podrá la actual Compañía del señor Antón darnos una audición de la afamada ópera?—Quiéralo Dios, que de ese modo algo nuevo veríamos en el teatro.

Catedral de Barquisimeto

Enriquecemos la colección de vistas del Estado Lara, con la de la Iglesia matriz de la capital, edificio de severa apariencia y de la sólida construcción que antes se usaba.

Música

Con gusto accedemos á la petición que nos hace nuestro excelente amigo y Agente el señor Jaime Bosch Landa, de Ciudad de Cura, publicando en el presente número de EL COJO ILUSTRADO el gran vals "Crespo" del señor Amador Briceño.

Por Amador Briceño

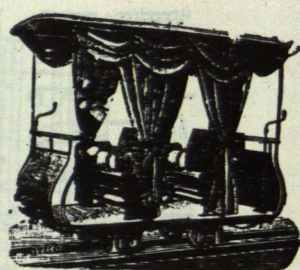
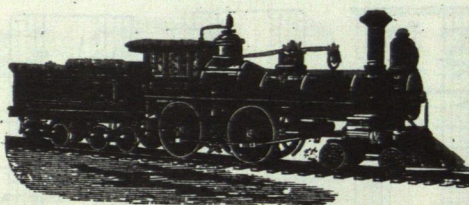
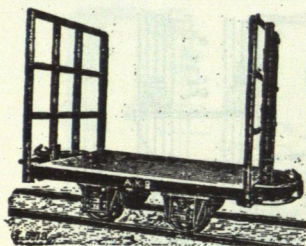
andante

[illegible]

A handwritten musical score on aged, yellowed paper. The title 'No. 2.' is written at the top center. The score is written for two parts: a piano part on the left and a violin part on the right. The piano part uses a grand staff with a treble and bass clef, while the violin part uses a single staff with a treble clef. The key signature is one sharp (F#), indicating G major. The tempo is marked 'Allegretto' and the time signature is '3/4'. The score consists of several measures, with some measures containing complex chords and arpeggios. The handwriting is in dark ink, and there are some corrections and markings throughout the score.

First system of musical notation. It includes a piano accompaniment on the left and a vocal line on the right. The piano part features a melody with eighth and sixteenth notes, while the vocal line has a more complex, ornamented melody. The system concludes with a double bar line and the word "Fin." written above the staff.

Second system of musical notation. It continues the piano and vocal parts from the first system. The piano part has a more active, rhythmic accompaniment. The vocal line continues with a similar melodic style. The system ends with a double bar line and the word "Fin." written above the staff.



ARTHUR KOPPEL

FABRICA DE FERROCARRILES PORTATILES Y FIJOS

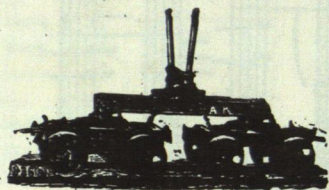
BERLIN, BOCHUM, CAMEN

FUNDICION DE ACERO EN WOLGAST

SUCURSAL EN LAS PRINCIPALES CAPITALS DEL MUNDO

MATERIAL

para ferrocarriles y tranvías.—Nuevo sistema de rails acanalados para tranvías.—Rails ligeros y durmientes de acero.—Cambios de vía.—Plataformas giratorias.

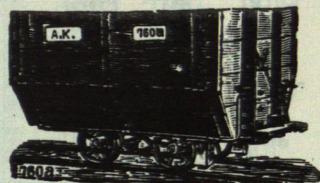


Especialidad para instalaciones en haciendas de caña, café y cacao



500

modelos de ruedas de acero.—Wagonetas y carros volcadores.—Coches para tranvías.—Locomotoras.—Puentes y materiales para puertos y estaciones.



Indispensable para minas, todo género de construcciones y grandes empresas

PRESUPUESTOS DE GASTOS Y CATALOGOS GRATIS

Exposición permanente de todo el material en miniatura, en esta sucursal:

OTTO NATHANSON

Caracas, Este 4, número 14—(Traposos á Chorro)

Agente para Caracas y Estados limítrofes:—ALFREDO JAHN

Caracas, Balconito al Truco, número 44.—Ingeniero para oficinas de caña y café y toda clase de maquinaria, puentes y techos de hierro.

Agentes en el Zulia y Estados contiguos:—BECKMANN Y ANDRESEN—MARACAIBO

Agentes en Valencia, Becker, Gosewisch & Ca. Sucesores.—Agentes en Barquisimeto, J. Hanser & Ca.

ACTUALIDADES

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

Macuto: Febrero 7 de 1894.

Aun no sé como haya sido el carnaval de Caracas; me lo figuro cosa muy buena, con su condimento de palizas, cabezas rotas y demás ocurrencias de ene, verbigracia, personas pasaportadas por el revólver para el otro mundo. De todo debe de haber habido en *la gentil* durante los tres días en que la humanidad sigue haciendo disparates con permiso de ella misma. Por acá á las orillas del mar y en los antiguos dominios del honorable señor Guaicarnacuto, el carnaval ha terminado felizmente sin que haya ocurrido el menor incidente lamentable. No sé si á esto ha contribuido la poca propensión que se me antoja tengan aquí los ánimos á excusarse fácilmente, merced al poder que ejerce siempre sobre el espíritu el espectáculo constante de ese remedo de lo infinito que ahora tengo ante mis ojos, de ese mar siempre hermoso, siempre nuevo, ya se adormezca blandamente aca-

riciado por la brisa, ya se revuelva terrible cuando lo embravece el huracán. Es el hecho que los pacíficos conterraneos de Tacoa y los que de ellos somos huéspedes no hemos tenido sino placidas horas, corridas entre festejos inocentes, en estos tres últimos días.

Abriéronse las fiestas de la locura con un conciso, breve y elocuente discurso del inmortal Tacoa, *siempre viva de perpetua bondad y cortesania*, como lo ha llamado Meserón, discurso en que recomendó mucho amor á las niñas por parte de los caballeros, mucho cuidado con el Dios Baco y mucho orden á todos. El orador estaba en traje de gala, vestido de negro y con ancha banda tricolor terciada. Recibió muchas felicitaciones y oyó no pocos requiebros de las graciosas bañistas.

Por las tardes ha habido regatas y puente del diablo; y por las noches iluminación en la playa, música, fuegos artificiales, y por último bailes en el Mercado.

Pasó el carnaval, como pasa todo y mejor de como pasan muchas cosas, porque pasó sin dejar amargo. Los bañistas han vuelto á sus habituales

é higiénicas costumbres transitorias, de las que no es la menos importante *il dolce far niente*; y no digo que ésta es la primera porque antes están otras de mayor trascendencia, como dejarse arrojar diariamente por la orla del azulado manto del Caribe, pagar tributo á la naturaleza engullendo docenas de ostras frescas y buenas tajadas de pescados exquisitos, ver el rubor de las espumas al primer beso de la luz é inflamarse las brumas en el ocaso; y, sobre todo, sudar á mares en las horas del bochorno.

Dejo para párrafo aparte la ocupación por excelencia de que sólo pueden disfrutar algunos de los bañistas: contemplar al mismo tiempo que la inmensidad del mar lleno de misterios y la grandeza del cielo llena de encantos, los ojos de la mujer amada llenos de promesas, los labios llenos de sonrisas, la undosa cabellera llena de perfumes y la tez llena de polvo de arroz y de sudor. Para los que están en aptitud de ocuparse en estas cosas, los días son cortos en Macuto, dada la mucha labor de cada día. Apenas hay tiempo, después del amanecer para darle al exigente estó-

mago el ligero entretenimiento de un parco desayuno, porque urge reanudar la conversación del día anterior y de la que quedó algún punto no muy claro. Empieza, pues, casi con el alba, la fagina de la lengua y de los ojos y continúa brevemente interrumpida para el baño y las comidas, hasta que la soñolienta mamá ó el aburrido papá dan la señal de ceder el turno á Morfeo: momento terrible! Doble suspiro se mezcla con el aire cálido y salitroso; los ojos se entornan, las manos se estrechan, los labios se entreabren para dejar salir un quejumbroso "hasta mañana" que vale por un "oh! larga ausencia;" y los poros dejan escapar copiosos chorros de sudor.

Aquí todo es reflejo de aquella extraña condición, digamos paradógica del mar: la variedad en la monotonía. Parece que lo que hay sobre la playa quisiese ser espejo, bien que en orden distinto, de lo que tiene enfrente. En efecto; nada tan monótono y al propio tiempo tan variado. Los mismos jugadores de dominó, pero cambiando de puestos diariamente; los mismos bañistas siempre, pero cambiando de trajes y de horas para atravesar el puente; los mismos trenes á las mismas horas, pero cargados de nuevos huéspedes del pintoresco sitio; los mismos pescadores, pero variada la pesca; la misma azul planicie ante los ojos, pero surcada por diversas embarcaciones: ya es el majestuoso vapor que deja á su paso en paralelas la estela y el penacho; ya la ligera balandra y el falucho que á impulsos de la brisa vuelan como blancas palomas rozando las espumas.

*

A dos funciones de la compañía de ópera asistí antes de trasladarme á e los lugares á hacerle la venia al gran Tacoa: *Lucía de Lamermoor* y *Ruy Blas* fueron las óperas cantadas. Hizo su estreno en la primera la señorita Svicher, con éxito lisonjero, como que no es la belleza física, ya de subidos quilates, el atractivo principal de la notable artista: antes está el timbre dulce de su extensa voz y antes que esto su muy recomendable escuela, de *bel canto*, como que la artista no sería tal ni en el grado que lo es si no fuese la estética el primer recorte de su alma.

Llama la atención en esta temporada lírica el mejoramiento de la orquesta, lo que no ha de achacarse solo á que es ella ahora numerosa. Tanto como lo es actualmente lo fué otras veces y no por eso dejaban de roncarse los cobres á lo mejor, ó de verse los artistas en apuros aunque el director rompiese la batuta y se quitase, como Cajano, el cuello y la corbata. La orquesta, en mi concepto, ha mejorado, así porque cuenta esta vez con mayor número de músicos entendidos, como porque el maestro Pomé sabe donde le aprieta el zapato y por ello felicitó al director.

En la segunda representación de *Ruy Blas* estuvieron felices casi todos los artistas, singularmente la señora Roluti, á quien no vacilo en calificar de muy recomendable soprano dramática. Espero oír de nuevo las otras partes; todo juicio definitivo sería antes arriesgado.

Mis plácemes á la Junta Inspectorá por el buen mantenimiento del teatro.

*

Doy muy expresivas gracias á la Dirección del Gran Ferrocarril de Venezuela, por su amabilidad de invitarme á la inauguración de aquella obra. Siento muy de veras no haber podido asistir; y no por esto dejó de estar representado EL COJO ILUSTRADO por muy digna persona de esta empresa.

Holgaría enumerar aquí las ventajas que reporta á nuestra República el Gran Ferrocarril de Venezuela: conocidas son de todo el mundo, así como es notoria la amistad que á los venezolanos muestra de diario la empresa de esta obra trascendental.

Justo es que tales manifestaciones sean, como efectivamente lo son, dignamente retribuidas por parte de los hijos del país, con mayor razón si se atiende á que hay entre nosotros empresas extranjeras de otro género que, si por algo se distinguen, no es ciertamente por lo que dejo anotado con referencia á la empresa del Gran Ferrocarril de Venezuela.

*

Si los incendios se apagaran con la lluvia de avisos de las compañías de seguros que cae al siguiente día de ocurrido uno de aquellos sini-



CARNAVAL EN LA CALLE REAL DE CARACAS



CARNAVAL EN LA CALLE REAL DE VALENCIA

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO

Véndense
en todas las principales Farmacias
y Droguerías.

CHEVRIER

Depósito general:
PARIS
21, Faubourg Montmartre, 21

El VINO con Extracto de Hígado de Bacalao, preparado por Mr. CHEVRIER, Farmacéutico de 1^{ra} clase, en París, contiene, á la vez, todos los principios activos del *Acite de Hígado de Bacalao* y las propiedades terapéuticas de las preparaciones alcohólicas. Es precioso para las personas cuyos estómagos no pueden soportar las sustancias grasas. Su efecto, como el del *Acite de Hígado de Bacalao*, es soberano contra la *Escrófula*, el *Raquitismo*, la *Anemia*, la *Clorosis*, la *Bronquitis* y todas las *Enfermedades del Pecho*.

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO CREOSOTADO

Depósito general
PARIS
21, Faubourg Montmartre, 21

CHEVRIER

Véndense
en todas las principales Farmacias
y Droguerías.

La CREOSOTA de HAYA paraliza al trabajo destructor de la *Tisis pulmonar*, por que ella disminuye la expectoración, despierta al apetito, hace que la fiebre decaiga y suprime los sudores. Sus efectos, combinados con los del *Acite de Hígado de Bacalao*, hacen que el VINO con Extracto de Hígado de Bacalao Creosotado, de CHEVRIER, sea el remedio, por excelencia, contra la *TISIS* declarada ó inminente.

tros, podríamos estar tranquilos. Lo que hay es que aquella lluvia viene veinte y cuatro horas después, amén de que en ciertos casos sirve antes para producir que para extinguir el fuego. Con menos compañías de seguros, una siquiera de bombas y ninguna de aguas estaríamos á pedir de boca; pero ¿quién le mete á uno á soñar con lo imposible? Por otra parte, no es tan grande la necesidad de apagar el fuego, supuesto que él se apaga por sí solo cuando se acaba el combustible. ¿No ven ustedes cómo, en los últimos incendios, el fuego se ha acabado solito después de devorar toda la casa donde ha empezado? Déjenle arder que el sabe lo que hace y cuando ha de terminar. Es que somos también muy exigentes.

Después de escrito todo lo que antecede se me ha dicho y he leído en los periódicos de Caracas que reinó el mayor orden en los tres días de Car naval: lo celebro aunque por mis suposiciones expresadas al principio haya quedado mal. Mucho se me ha ponderado lo bueno de la inauguración de la fiesta, lo animado de la ciudad, lo variado é ingenioso de los disfraces, el éxito, en fin, alcanzado por los directores de la fiesta, con quienes por ello me congratulo.

A LIONEL

NIÑO DE TRES AÑOS

Simpática criatura
Que, desde el mismo instante
Que os conocí, te quiero
Con verdadero amor:
¿Qué luz hay en tus ojos,
Qué tinte en tu semblante,
Que atrae con tanta fuerza
Mi amante corazón?

Tus gracias naturales
Me encantan por doquiera,
Y en tus juegos y risas
Hallo algo singular.
Te observo, y... de los ángeles
Ya pienso no es quimera,
Que á veces en la tierra
Se pueden encontrar.

Oh! ven, ven á mis brazos,
Que yo quiero llevarte
Á que, encantado, mires
Las flores del vergel;
Y de las más hermosas
Un ramillete darte,
Por ver como te alegras
Bellísimo Lionel.

Yo quiero que acaricies
A la ternera hermosa
Con tus pequeños dedos
De nácar y marfil:
Y que, corriendo, alcances
La linda mariposa
Que revolando incauta
Se ufana en el pensil.

Yo quiero de tu boca,
Conchita de corales
Que muestre, pequeñitas
Perli tas al reír;

Los silbos con que intentas
Cantar cual los turpiales,
Y al par los balbuceos
Angélicos, oír.

Yo quiero á tus preguntas
Constantes responderte:
"¿Qué dó se fué la luna?
"Que el sol, dónde nació?
"Que quién es aquel niño
"Que vés en la laguna?
"Que por qué tan ligero
"De allí desapareció?

Ah! todo, todo, todo
Cuanto te da contento
Y anima de tus ojos
El brillo celestial,
Al par produce en mi alma
De goce un sentimiento,
Pues yo te quiero mucho,
Criatura angelical.

Mas oye: he comprendido
Que de mi Henrique amado
Tú eres fiel retrato
Cuando era de tu edad;
Y en tí yo me imagino
De nuevo haberle hallado
Para encantar, cual niño,
Mi pronta ancianidad.

¿Y quién sabe! es posible
Que en mí, ese parecido
Que con quien amo tanto
Tú tienes; oh Lionel!
Al par con tu belleza
Y gracias, haya influido,
Para que yo te quiera
Como lo quiero á él.

Sí, gozo en repetirlo,
Simpática criatura:
—Desde que os ví, te quiero
Con verdadero amor;
Que hay algo en tu mirada,
Y hay algo en tu figura
Que atrae con fuerza extraña
Mi amante corazón.

H. ALVAREZ IBARRA.

EL MILLON DEL TIO RACLOT

POR

EMILIO RICHEBOURG

Continuación

II

La mujer y el marido trabajaban, cual negros incesantemente fugitados por el látigo del colono. No se daban punto de reposo; era preciso trabajar siempre, día y noche.

Mathurin, duro por naturaleza y capaz de resistir toda fatiga, arrastraba á su mujer en pos de sí, no admitiendo que pudiesen faltarle las fuerzas.

Para ganar dinero había que trabajar mucho y sin descanso.

Por lo demás, Celina se fué poco á poco identificando con su marido.

Dime con quién andas, te diré quién eres.

Celina, como Mathurin, tornóse ávida de ganancias. Ambos deseaban ser ricos á toda costa.

De vez en cuando, así que lograban tener reunida una suma, privándose de todo, aun de lo necesario, compraban un campo, que venía á sumarse con los demás.

Cueste lo que cueste, hay que ganar; tal era su refrán. Y la desdichada Celina se mataba trabajando.

En muy poco tenían lo que necesitaban hacer para sí. Terminábanlo pronto, é iban por todo el día á cualquiera casa donde se solicitase su trabajo. ¡Oh! no faltaban. Pagábanles bien, y los alimentaban convenientemente. En realidad, sólo comían bastante cuando trabajaban en casa ajena.

Entretanto, Mathurin no descuidaba sus negocios. Antes que nada era ganar, y, para ganar, cualquier medio servía.

La casa carecía de todo: de ropa blanca, de trajes y de cuanto es preciso para la vida. Los pantalones y las blusas de Mathurin eran un verdadero mosaico, de puro remendados; sus camisas debían llamarse, más propiamente, pingajos. Celina, que antes había sido muy cuidadosa de su persona, vestía á la sazón como una pordiosera, conservando tan sólo un vestido en regular estado, para ir á misa los domingos.

Cuando se aventuraba á decirle á su marido:

—Mathurin, hay que comprar esto ó lo otro.

Mathurin, encogiéndose de hombros, respondía:
—Tiempo tenemos; siempre se está bien para trabajar en el campo; aprovechémoslo un poco más.

Y la mujer se pasaba buena parte de la noche zuriendo y echando piezas á más y mejor.

En su casa bebían agua solamente, lo cual no impedía que Mathurin dijese que, para un trabajador, el vino, bebido en casa ajena, era cosa excelente.

Celina envejecía muy de prisa; perdió su frescura de joven, y arrugas prematuras surcaban su frente y su rostro por todas partes; caíanse los dientes y el cabello, reseca basele la amarillenta piel y comenzaba á tomar el aspecto de un esqueleto.

Mathurin permanecía en tal estado, sin un cabello de menos ni una cana en la barba. El excesivo trabajo y la fatiga constituían su elemento. Parecía hecho para vivir un siglo. Era de hierro.

A los seis años de casada, dió á luz Celina á una niña, mas tan pequeñuela y enteca, tan pobre de sangre, que la matrona declaró que sería un milagro si se lograra.

No importa; ya que había venido, se debía hacer todo lo necesario para que viviese.

Verdaderamente que habría sido lástima el verla morir, pues el angelito tenía un rostro encantador.

Pero le estaba reservado á Mathurin otro disgusto: cuando la madre ofreció el pecho á la niña, en vano gastó ésta sus fuerzas, procurando alimentarse. Celina, aniquilada por el trabajo y las privaciones, no tenía gota de leche.

Mathurin frunció el ceño.

—Bueno, pues la criaremos con biberón, dijo.

Celina, desolada, vertía un raudal de lágrimas.

Entonces, la matrona, dirigiéndose á Mathurin, le dijo con gravedad:

—Declaro que es imposible criar á esta niña con biberón; para que viva hay que ponerla en ama.

El padre hizo otro gesto más feo.

—¡Amá!.... Habría que darle lo menos quince francos mensuales.

Pero la matrona hablaba con autoridad, y era preciso hacer lo que quería, es decir, someterse á las exigencias de la situación.

En el propio Aubécourt se encontró á una mujer, madre de un niño de dos meses, la cual tenía suficiente leche para dos lactantes, y consentía de buen grado en tomar á su cargo á la hija de Raclot. Así, pues, Martita le fué confiada.

Poco tiempo más tarde murió Martín, el comerciante en vinos. Su viuda llamó á París, de prisa y corriendo, á su sobrino Mathurin, porque, según decía, lo necesitaba.

Llegó aquí á París con semblante apropiado á las circunstancias, y fué tan buen cómico, que hasta derramó algunas lágrimas; él que probablemente no había llorado desde que dejó de ser niño.

No más que tres días permaneció junto á su parienta; pero fueron bien aprovechados, pues en ellos quedaron decididas muchas cosas.

¿Habrá que decir que de seis años á entonces el antiguo mozo de labranza tuvo gran cuidado de no desatender á su tía?

Muy insinuante, sabiendo disimular admirablemente su falsedad bajo el aspecto de sencillez y buen natural, el marrullero aldeano había logrado captarse por completo la confianza de la rica tendera.

Afectando no preocuparse más que de los intereses y de la tranquilidad de la viuda, sólo se ocupaba, en realidad, en sus intereses propios. Desde que se casó, y aun antes, tenía formado su plan.

Los esposos Martín habían hecho testamento, instituyendo heredero de todo, sin reserva alguna, al que de ellos sobreviviese.

Ahora bien; mientras que la viuda traspasaba en París su comercio, convertía su fortuna en rentas contra el Estado y adquiría un buen mobiliario, Mathurin compraba en Aubécourt, á nombre de su tía, una casa que, merced á haber sufrido completa y rápida restauración, adquirió el aspecto de vivienda perteneciente á gentes bien acomodadas.

Raclot era tenido por su tía en la más alta estima. Sólo él tenía inteligencia, sólo él poseía el instinto de los negocios; cuanto decía, bien dicho estaba; en cualquiera circunstancia se podía recurrir á él á ojos cerrados. En suma: Mathurin era para ella un oráculo.

Marta estaba ya dispuesta á salir de París, cuando Mathurin le escribió:

—Puede usted venirse.

Fuese á vivir á Aubécourt, olvidando, ó queriendo olvidar, que dejaba en París á un hermano que pronto no podría trabajar, y á unos sobrinos que á menudo eran víctimas de la miseria.

En el fondo, ni era mala ni carecía de corazón. Muchísimas veces socorrió á su hermano, que acaso había abusado un poco, sin que por esto pudiese ella decir que tantas peticiones le habían cansado, pues permitáse su fortuna hacer bien, aun á los extraños.

Pero Mathurin Raclot se había cruzado de por medio.

Pasaron doce años.

Gracias á la leche y á los cuidados de la nodriza, Martita vivió, tomó carnes y se tornó fuerte y robusta, hasta tal punto, que en su infantil rostro brillaba radiante la más lozana salud.

Poseía una belleza encantadora, y, á medida que avanzaba en años, tornábase más hermosa.

Era dulce, buena, amable, de una sensibilidad exquisita y de un carácter fascinador.

Marta la adoraba, y complaciase, cuando le había llenado de golosinas los bolsillos, viéndola cómo las repartía entre otras niñas de su edad, hasta quedarse ella sin nada muchas veces.

—¡Oh, qué buen corazón! exclamaba á menudo la anciana tía.

En efecto, Martita no se parecía á su padre.

Mas llegó el momento de separarse de ella, pues era preciso pensar en su instrucción. Pusiéronla en el mejor colegio de la ciudad, dirigido por religiosas. Quiso así la tía, y aunque eso costaría muy caro, el tío Mathurin, tal era el nombre que á la sazón le daban, no dijo nada en contrario, porque aquélla lo pagaba.

Hacia dos años que Marta estaba en el colegio, y acababa de hacer la primera comunión, cuando murió á tía.

VIOLET FRÈRES
THUILLERIE (Pyrenées-Orientales) FRANCIA

Casa única para el **BYRRH** Con Vino de Málaga

El **BYRRH** es una bebida cuyas virtudes tónicas no se necesita indicar.

Hecio con vinos añejos de España especialmente generosos, puesto al contacto de sustancias amargas inteligentemente escogidas, contiene todos los principios de estas sin tener sobre el estómago la acción nociva del alcohol que hace la base de la mayor parte de las especialidades ofrecidas al público.

Es a la vez gustoso y absolutamente irreproachable al punto de vista higiénico.

El **BYRRH** puede tomarse á todas horas: la dosis de un pequeño vaso de Burdeos como tónico; mezclado con agua en vaso grande, como bebida de refresco.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS 1889
MEDALLA DE ORO (la mas grande recompensa concedida)
En CARACAS: G. STURUP Y Cia, Sucesores y en las buenas Casas.

Inyección Cadet

LA MAS CONOCIDA
EN
todo el Mundo
PARA CURAR
EN TRES DIAS
sin otro alguno medicamento y sin temor de accidentes.

PARIS — 7, Boulevard Denain, 7 — PARIS
DEPOSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



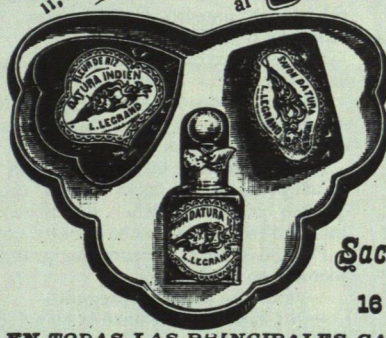
PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
PARIS

ULTIMAS CREACIONES
Productos
DATURA INDIEN

Esencia. . . . DATURA INDIEN
Polvo de Arroz. DATURA INDIEN
Jabon. . . . DATURA INDIEN
Agua de Tocador DATURA INDIEN
Aceite. . . . DATURA INDIEN

Sachets Oriza Solidificados
ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.



Como era de esperar, la viuda testó, dejando sus bienes á Celina Noiret, su sobrina, mujer de Raclot.

Julio Bertrand y los suyos se quedaron consternados.

Después de haber vivido en la esperanza de ser algún día menos pobres, semejante desengaño fué para ellos un golpe mortal.

Mas ¿qué decir? ¿qué hacer?

Bien podía ser captatoria la herencia de Raclot; pero ¿cómo probarlo?

El testamento, redactado por un notario, tenía todos los requisitos legales.

Los desgraciados Bertrand estaban desheredados sin apelación.

No les quedaba otro recurso que sufrir é inclinarse tristemente la cabeza.

Muchas personas honradas de Aubécourt de Ligoix se llenaron de indignación.

La viuda de Martín había obrado mal. Las gentes

hallaban inicuo el que Raclot y su mujer retuviesen una fortuna cuya mitad, en buena conciencia, pertenecía á los Bertrand de París.

Todo esto se decía bajito, con timidez. Después de todo, los interesados eran quienes únicamente tenían derecho á quejarse.

Ya hacía mucho tiempo que el tío Mathurin no estaba en olor de santidad, lo cual le tenía perfectamente sin cuidado, como todo cuanto se pudiese pensar y decir de él. Poseía la herencia por tanto tiempo y con tanta paciencia deseada, y, rico ya, podía burlarse del qué dirán.

Dejábale la tía doscientos cincuenta mil francos. ¡Qué hermoso sueño realizado! Con eso sería el señor del país.

Fué el azote.

Dos años después, el tío Mathurin perdió su mujer. Semejante pérdida no le produjo gran emoción, pues se sentía perfectamente bueno, y maldito el



Aceite de Hígado de Bacalao
DOCTOR DUCOUX
 Iodo-Ferruginoso,
 al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las
ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.,
 al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr DUCOUX,
 Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja
 amarga, porque no tiene ésta preparación ningún sabor desagradable y
 porque su composición la hace sumamente **tónica y fortificante.**

Depósito General : 7, Boulevard Denain, en PARIS
 Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.
Desconfíese de las FALSIFICACIONES é IMITACIONES

miedo que le inspiraba la muerte. Por lo demás, para consolarse, si es que lo necesitaba, tenía dinero, mucho dinero; todos sus cajones y cofres estaban llenos.

¿Qué significa una mujer?

¡El dinero en buen hora! ¡Ah! ¡El dinero, el oro!.....

Su fortuna aumentaba sin cesar, y como pensaba constantemente en la tierra, y ponía todo su amor propio en poseerla, siempre estaba comprando. Una parcela de tierra ó de prado de algunas áreas, fué el núcleo de varias hectáreas. No parecía sino que el tío Mathurin se habla propuesto ser el dueño de los territorios de Aubécourt, de Ligoux y de otros lugares.

Ya no trabajaba, porque no tenía necesidad de ello. El antiguo mozo de labranza poseía ahora colonos. Pues que habla trabajado para los demás, justo era que los demás trabajasen á la sazón para él.

Entregado por completo á sus cálculos, á combinaciones mediante las cuales multiplicaba su riqueza, apenas tenía tiempo para pensar en su hija, y la dejaba en el colegio de las madres Dominicas. De esta suerte no necesitaba preocuparse de ella; además, teniendo á su lado, le molestaría probablemente.

Las niñas son, por lo general, tan curiosas, que quieren saberlo todo, y hacen muy á menudo preguntas inconvenientes, cuando no impertinentes.

No dejaba de comprender Marta que su padre la olvidaba demasiado; pero tenía buenas compañeras de colegio y las religiosas la querían mucho, lo cual era una compensación.

Portábase Marta como las mejores alumnas de la Comunidad; su educación nada dejaba que desear, y habla recibido sólida instrucción, pues sabia alemán, inglés, italiano, música, dibujo y pintura. Tocaba muy bien el piano, cantaba admirablemente y dibujaba á la perfección.

Mostró á los dieciséis años deseo de ser examinada, y fué de las primeras que recibieron el grado de Institutriz.

La avaricia era la lepra que consumía á Mathurin; pero no se mostraba solamente avaro, sino también vanidoso en extremo. Tenía una ambición desmesurada y un formidable orgullo.

Parecióle que la casa de la viuda de Martín, donde se habla instalado apenas ocurrió el fallecimiento de ésta, era demasiado pequeña para él, ó que no tenía aspecto bastante grandioso.

Puesto en venta el castillo de Aubécourt y sus dependencias, compró todo en inmejorables condiciones, por un pedazo de pan, como suele decirse.

Había pensado algunos años antes:

—¡Quiero tener un millón!

Ya lo tenía.

Iban á llamarle señor Raclot.

Marta contaba ya dieziocho años cabales.

Salió, por fin, del colegio, y se fué á vivir con su padre.

Continuará

LOS POR QUÉ DE LA SEÑORITA SUSANA

POR
EMILE DESBEAUX

Continuación

—Hago el vacío, aventuró con timidez Susanita.
 —¡Perfectamente! exclamó el abuelito; como tú te retiras, tu presión falta, y no quedando más que la de la señorita «Eso me estorba», la puerta se cierra bruscamente.

—Y eso quiere decir que mi amiga ha desempeñado el papel de aire exterior.

Esta vez era evidente que la niña habla entendido las explicaciones de su hermano y la comparación de su abuelito.

Así fué acariciada por el uno y por el otro, como también por su querida mamá.

CAPITULO XX

DE MARSELLA Á PARIS.—EL TELEGRAMA Y LA ELECTRICIDAD

En la mañana del 15 de febrero, cuando fué la niña al cuarto de su madre para darle los buenos días como de costumbre, encontró allí á su abuelo y á su hermano.

Todos los ojos se volvieron á la niña y todos rebotaban contento y satisfacción. Al parecer, todos eran felices.

Era evidente que habla llegado alguna buena noticia.

Miraban todos á la niña, esperando sin duda que ella hablase. Querían que adivinara la causa de la alegría común.

Antes de hablar, la niña reflexionó un minuto. ¿Cuál podía ser la causa de una dicha general que tan bien se traslucía? La vuelta del marino. Indudablemente, no podía ser otra cosa.

Por eso la niña, abriendo sus grandes ojos, se acercó á su madre:

—¿Papá ha llegado? preguntó.

—No, hija mía, contestó la mamá con sonrisa placentera; aun no ha llegado á París, pero ya está en Francia, y esta noche....

—¿Estará aquí?

—Sí.

—¡Cuánto me alegro! exclamó la niña dando palmadas.

—Toma, lee el telegrama que recibí á media noche, cuando ya hacía tiempo que tú estabas dormida.

La niña leyó esto:

“París, de Marsella 525 19 14/2 2 9-50 noche.

“Tomo expreso de las 10. Estaré en París mañana á las 5 y 40 de la tarde.”

Seguía la firma del papá y la niña exclamó:

—¡Legará á las cinco y cuarenta! Mamacita, ¿no es verdad que iremos á la estación?

—¡Seguramente!

La señora dejó á la niña bajo esta impresión tan grata, y se fué á disponer todo lo necesario para la llegada del jefe de la familia.

Pablo salió también á sus ocupaciones, pasando, por supuesto, por casa de Teresita para anunciarles á ella y á su mamá la próxima llegada del

marino, esperada con impaciencia por una razón que no ignoramos.

Por consiguiente, se quedó la niña sola con su abuelo.

Ella conservaba todavía en la mano el papelito azul que le habla confiado su mamá, es decir, el telegrama.

Lo miraba, lo remiraba, lo leía, lo releía, dándole vueltas, y más vueltas, acabando por decir:

—Querido abuelito, ¿á qué hora ha llegado el telegrama?

—Anoche á las doce.

—¿Y salió de Marsella?

—A las nueve y cincuenta, es decir, diez minutos antes que tomara tu padre el tren expreso. En el papel está indicada la hora que te digo.

La niña se puso á contar por los dedos:

—Entonces tardó en llegar aquí dos horas y diez minutos.

—Precisamente.

—Y mi papá, ¿cuánto tiempo tardará en venir?

—Llegará á las cinco y cuarenta, habiendo salido á las diez de la noche. Tardará, pues, diez y siete horas más cuarenta minutos.

—¡Es muy largo!

—Porque también es larga la distancia entre Marsella y París. Como que hay ochocientos sesenta y tres kilómetros.

—Ochocientos sesenta y tres kilómetros, repitió la niña haciendo una mueca desdichosa.

En efecto, ¿qué valía esta distancia para una niña que acababa de aprender las que hay entre los planetas y el Sol?

Se calló un instante y después dijo:

—¿Esta noticia ha venido por telégrafo?

—Sí.

—¿Pues por qué mi papá no viene por el telégrafo?

El abuelo no pudo menos de reírse un poco á este nuevo «por qué», tan lógicamente formulado por los labios de la niña.

—Es que hasta ahora no se ha encontrado el medio de viajar por la electricidad. Hemos de contentarnos con viajar al vapor.

—¿Qué lástima!..... ¿Y se encontrará ese medio?

—¿El de aplicar la electricidad á la locomoción? No es imposible.

—¿Pero en qué consiste que esa electricidad puede enviar tan de prisa un pedazo de papel y no pueda hacer lo mismo con mi querido papá?

La niña, al decir esto, parecía creer que la electricidad vale muy poco.

—Estás en un grave error, hijita mía, contestó el abuelo; ese papel no lo ha traído la electricidad.

—¿Cómo que no?

—Telegrama quiere decir: escrito que viene de lejos; lo escrito es lo que viene, el papel no. De lo contrario, no mandaríamos las cartas por el correo, sino por el telégrafo, por ser esto más rápido. El telegrama es una comunicación transmitida con la ayuda del telégrafo.

—Y telégrafo, ¿qué significa?

—Telégrafo, lo mismo que telegrama, se compone de dos palabras griegas y quiere decir: escribir lejos.

—Sí, escribir lejos por medio de la electricidad. Pero la electricidad, ¿qué es?

—La electricidad es una de las fuerzas de la naturaleza, pero fuerza no conocida hasta hoy más que por sus efectos. Esos efectos son el relámpago, el rayo, el trueno. A propósito, ¿sabes lo que es imán?

—Sí, es un pedazo de hierro que tiene la propiedad de atraer el hierro. Tú mismo, abuelito, me regalaste una vez unos pescaditos japoneses que yo pescaba en una redoma llena de agua con una varita imantada, ¿te acuerdas? Y me dijiste que era el pasatiempo favorito de las señoritas del Japón.

—De las señoritas de tu edad.

—Por supuesto.

—Pero no es sólo ese hierro el que tiene la facultad de atraer á sí las cosas. La mayor parte de los cuerpos obran lo mismo bajo ciertas influencias, y el primero en que se observó esta propiedad fué el ámbar.

—¿El ámbar?

—Esa materia amarilla con la cual está hecha la boquilla que para fumar usa tu hermano.

Continuará.